

Selección **TERROR**

EL ARCA DE LA MALDICION

Clark Carrados

SELECCION

TERROR

CLARK CARRADOS

EL ARCA DE LA MALDICION

Colección SELECCION TFRROR n.° 477
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

472 — *El monstruo,* Clark Carrados.
473 — *¿Quién será el próximo?,* Ralph, Barby.
474 — *Angel del infierno.* Adam Surray.
475 — *El sello escarlata*, Clark Carrados.
476 — *Junto al pavoroso cementerio,* Ada Goretti.

ISBN £4 02-02506 4 Depósito legal: B. 5.796
1982

Impreso en España Printod in Spain

1.‘ edición: abril, 1932
1.ª edición en América: octubre. 1982

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

El arca estaba sobre la mesa cubierta con un paño escarlata. Parecía hecha de oro puro y tenía casi un metro de largo por cincuenta centímetros de altura y casi otro tanto de anchura. Al lado, con aspecto de evidente satisfacción, se hallaba su poseedor, el profesor Septimus Ainslower.

Los espectadores no eran muchos: unos cuantos periodistas de revistas especializadas, un par de cámaras de televisión y algunos arqueólogos, llenos de curiosidad por conocer los detalles que iba a exponer el profesor Ainslower.

—El arca, como pueden apreciar, está recubierta de planchas de oro purísimo, decoradas con grabados de indiscutible valor artístico —empezó diciendo el profesor—. Según la leyenda, nadie, sino la persona especialmente destinada a ello, ! puede abrir el arca para conseguir el ópalo que yace en su interior, una piedra valiosísima, más por su tamaño, que alcanza casi el de la cabeza de un hombre, que por sí misma. Ahora bien, la persona que ha de abrir el arca podrá hacerlo descorriendo los veintiún cerrojos que forman la cerradura, sin necesidad de utilizar la clave que le permitirá escapar a la maldición que fraguaron sus constructores, contra todo el que quiera abrir el arca, de una forma digamos ilegal. Ilegal, claro, según la leyenda.

—Me parece que no le he entendido bien, profesor —dijo uno de los periodistas—. La persona destinada a abrir el arca podrá hacerlo sin temor a supuestos daños y sin necesidad de conocer la clave...

—Creo que no he sabido explicarme correctamente —contestó Ainslower—. Lo que quería decir es que la única persona que puede abrir el arca conocerá la clave, sin saber él mismo, o ella, si fuese una mujer, que conoce dicha clave. Permítanme que les cite un ejemplo. Si ustedes están en una habitación y tienen los ojos cerrados, de modo que no les llegue ninguna luz, sabrán que ha amanecido porque oirán cantar los pájaros. Pero no porque se lo haya dicho nadie o vean la luz del nuevo día.

—¿Y cómo sabe usted que existe esa persona? —preguntó otro de los espectadores.

—Lo dice la leyenda de Satzen-Tzá, que es el lugar de la América tropical donde encontré el arca. Un indígena me la relató, por haberla oído de sus antepasados, y ese relato me merece la más absoluta confianza.

—Pero, si no aparece esa persona, se puede abrir el arca —dijo alguien.

—En efecto, siempre que se conozca la clave. Pero fíjense bien en

el frontis del arca.

Ainslower lo señaló con un puntero.

—Pueden ver esta cruz, cada una de cuyas ramas tiene cinco diminutos cerrojos, muy parecidos a cualquiera de los que se usan en puertas actuales. En el centro hay otro más grande, pero eso no significa que se haya de descorrer en primero o último lugar.

»Debajo de cada cerrojo, verán una serie de signos desconocidos, que suponemos son las cifras de la numeración usada por los habitantes de Satzen-Tzá. Para nosotros, los europeos, es un código absolutamente desconocido: ahora bien, teniendo en cuenta cierta repetición de algunos de esos signos, pienso encomendar su estudio a un ordenador, a fin de que las traduzca a la numeración arábiga, que es la que usamos en la vida práctica actual. Una vez tengamos esa traducción, el ordenador se pondrá a trabajar de nuevo y, espero, nos dará la clave, que consiste, como pueden imaginarse, en el orden por el que han de ser abiertos los veintiún cerrojos.

—Profesor —preguntó uno de los circunstantes—, ¿qué pasaría con el osado que intentase abrir el arca sin conocer la clave?

—Moriría, indudablemente —respondió Ainslower en el acto—. Algunos pueden pensar que la maldición que los constructores del arca lanzaron contra quienes se atreviesen a abrirla sin tener facultades para ello, no es más que un poco de folklore pintoresco. No es así; conozco demasiado bien determinados aspectos de la arqueología para intentar burlarme de algunas leyendas que para los demás son objeto de mofa, cuando no de desprecio.

—Pero, si encuentra la clave, no le sucederá nada y usted no es la persona que puede abrir el arca.

—Se equivoca, amigo —contradijo Ainslower—. Aparte de la primera persona mencionada, cualquiera otra que logre descifrar la clave, estaré también en condiciones de abrir el arca, sin temor a la maldición. Son veintiún cerrojos y nadie sabe cuál debe descorrerse en primer lugar ni en segundo, ni en tercero... Puede ser el segundo del brazo izquierdo o el cuarto del brazo inferior... Hay miles, millones de combinaciones posibles, y eso sólo se puede saber utilizando uno de los más modernos ordenadores.

—Bien —intervino alguien—. Supongamos que llega al ópalo guardado en el arca. ¿Qué habrá ganado, aparte de la piedra, que no es de las que se podrían considerar como más preciosas?

Los ojos de Ainslower centellearon de un modo especial.

—Permítame que me reserve la respuesta, amigo mío —dijo—. Cuando llegue ese momento, revelaré el secreto total del arca. Mientras tanto, deberán esperar a que el ordenador haya descifrado la clave. Ese día, pueden tenerlo por seguro, les convocaré de nuevo para que estén presentes en el momento de la apertura del arca.

Uno de los periodistas se levantó de pronto y se acercó al arca, para contemplarla desde más cerca. Alargó la mano y quiso tocarla, pero Ainslower se lo impidió con una enérgica exclamación:

—¡Quieto! ¡No la toque! Aunque se conozca la clave, el arca sólo se podrá abrir si no se la mira de frente. ¡No cometa imprudencias, amigo mío! Mírela todo lo que quiera, contémplela a su gusto, pero no la roce siquiera con la yema de los dedos.

El hombre estaba impresionado. Murmuró unas palabras de disculpa y se retiró.

Otro periodista se puso en pie y levantó una mano.

—Profesor, ¿es cierto que sus compañeros de expedición le abandonaron en las selvas de Satzen-Tzá, habiéndole dado por muerto y que usted juró vengarse de quienes, en su opinión, no habían hecho lo suficiente para salvarle de los indígenas?

—¡Tonterías! —rió Ainslower—. Mis compañeros de expedición, simplemente, se volvieron, porque carecían de la paciencia suficiente para encontrar el viejo poblado de Satzen-Tzá. Yo fui un poco más tenaz y conseguí el éxito, eso es todo.

—Pero usted debía de haber oído hablar del arca cuando emprendió esa expedición. Alguien le informó de la existencia de ese tesoro, sin duda. ¿Quién fue, profesor? —inquirió otro de los espaciadores.

—Usted es periodista. ¿Revela al público sus fuentes de información?

Sonaron algunas risas. El hombre aplaudió varias veces.

—Acepto la estocada y me declaro tocado —contestó.

—Por ahora, eso es todo. En fecha próxima tendrán noticias mías, caballeros —dijo Ainslower, dando por finalizada la conferencia.

En los últimos asientos de la estancia, había un hombre alto, delgado, de rostro bronceado, con el pelo muy negro y liso, largo hasta los hombros. Cuando oyó las palabras con las que el profesor daba el acto por concluido, se levantó rápidamente y salió antes que ninguno.

Dos periodistas comentaban el suceso al salir:

—¿Crees de verdad en la leyenda que nos ha relatado Ainslower? —preguntó uno de ellos.

—Ni lo sueñes. Es un tipo que busca sólo llamar la atención. El arca vale mucho dinero, eso es todo.

—Y querrá venderla a algún museo...

—Claro, salta a la vista. Es indudable que el arca es un tesoro en sí misma. Esta conferencia de prensa no es sino una forma de llamar la atención, a fin de ver qué museo paga más dinero. Todo lo demás son cuentos.

—Y leyendas —rió el otro periodista.

—En suma, fábulas —finalizó su colega.

* * *

La chica era alta y tenía una figura muy atractiva. El pelo, corto, era rubio bronceado y los ojos eran verdes, de mirada fascinadora. Vestía una blusa, chaleco y pantalones con botas de media caña. Colgado del hombro izquierdo, llevaba un bolso rojo de buen tamaño. Cuando atravesó la verja de hierro, vio al hombre y se detuvo, llena de perplejidad.

El individuo estaba a gatas, moviendo la hierba con las manos y la vista muy cerca del suelo. Ella observó que vestía pobremente, aunque sus ropas estaban limpias. Le pareció bastante corpulento y, aun sin verle bien la cara, supo que era joven, de menos de treinta años.

—¿Se le ha perdido algo? —preguntó.

Sin abandonar su postura, el hombre volvió la cabeza y sonrió.

—Estaba probando la hierba, señorita —contestó.

Ella se sobresaltó.

—¿Come hierba?

—Cuando no hay otro remedio... Pero me parece que tendré que ir a la trasera de la casa. Allí está más jugosa...

—Pobre hombre. Debe de tener mucha hambre, ¿verdad?

—Figúrese...

La chica abrió su bolso y sacó un billete.

—No siga comiendo hierba, buen hombre. Tome y vaya a algún sitio donde pueda comer algo caliente.

El joven sonrió. De pronto, lanzó una exclamación;

—¡Ah, ya la he encontrado!

Agarró algo y lo hizo saltar en el aire, a la vez que se ponía en pie ágilmente. Asombrada, la muchacha vio que el hombre medía un metro y noventa centímetros por lo menos y que tenía los hombros de un jugador profesional de «rugby».

—Era la llave de la casa —explicó él—. Entré, haciéndola saltar en el aire, se me cayó entre la hierba y no conseguía encontrarla.

—De modo que tiene una llave de la casa...

—Pues sí, aunque hacía mucho tiempo que no la usaba. Es que he telefoneado a su ocupante varias veces y, en vista de que no me contestaba, he venido a averiguar lo que le pasa. Pero permítame que me presente: soy Oliver Fix. ¿Y usted, señorita? Si es soltera, claro.

—Lo soy. Me llamo Flavia Victor y soy la nueva secretaria del

profesor Ainslower, ocupante de esa casa, como usted acaba de decir. ¿Conoce al profesor?

—Un poco, señorita Victor —contestó él—. ¿De modo que es su nueva secretaria?

—Así es. Nos entrevistamos hace algunos días; mis referencias y aptitudes le parecieron satisfactorias, y me contrató para empezar hoy precisamente. ¿Es usted amigo del profesor?

Fix volvió los ojos hacia la casa.

—Amigo —gruñó—. Algo más que amigo y con la suficiente autoridad para decirle cuatro cosas que le van a poner las orejas al rojo vivo.

—¿Están enemistados? —dijo Flavia, aprensiva.

—No precisamente, aunque a veces es bueno decirle a una persona lo que se piensa de ella, sin necesidad de romper las relaciones. Pero, en fin, ¿entramos? —El profesor debe tener mucha confianza en usted, cuando le deja una llave, ¿verdad?

—Un poco, no tengo por qué negarlo —respondió Fix.

Avanzaron hacia la casa, que era bastante vieja, aunque se encontraba en buen estado. Fix insertó la llave en la cerradura, abrió, asomó la cabeza y lanzó un grito:

—¡Eh, Septimus, viejo búho! ¿Dónde te has metido? ¡Contéstame, soy yo, Oliver Fix, acompañado de tu bonita secretaria! Vamos, sal de tu agujero y deja ver esa repugnan te apéndice que tienes por nariz.

Flavia se horrorizó del lenguaje que utilizaba el joven. En la casa reinaba un silencio absoluto. Fix lanzó un par de gritos más, pero no obtuvo la menor respuesta.

—¿Es que el profesor no tiene siquiera una asistenta o alguna mujer que se ocupe de la casa? —preguntó Flavia.

—No lo sé. Hace bastante tiempo que no nos vemos... Bueno, lo mejor será que vayamos a su despacho. Acompáñeme, señorita Victor.

Fix echó a andar resueltamente hacia una puerta que se veía al fondo del vestíbulo. Tanteó el pomo, lo hizo girar y abrió. Inmediatamente, lanzó una exclamación de alegría.

—Ah, bueno, estabas aquí, rata de sepultura. Estoy llamándote desde hace una hora y no contestabas, pulga de momia.

Flavia procuró contener la risa al oír aquellos pintorescos apóstrofes. Entró en la habitación detrás del joven y le vio acercarse a una mesa, tras la cual se hallaba sentado un hombre, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del sillón.

—Está dormido como un tronco —dijo Fix. Vio una copa vacía sobre la mesa y una gruesa bufanda en torno al cuello del profesor, y añadió—: Sin duda, anda algo resfriado y se ha tomado una buena dosis de coñac, que es lo que le ha producido este sueño tan

profundo.

Alargó la mano y la puso en el hombro del profesor, para sacudirle fuertemente.

—Abre los ojos, gusano de la madera. Soy yo, Oliv...

Fix no pudo continuar. En aquel instante, la cabeza del profesor se desprendió del tronco y cayó al suelo, en donde rebotó varias veces, con lúgubres ecos, antes de quedarse quieta y precisamente sobre la base del cuello cortado con toda limpieza.

Flavia contempló aquella cabeza que descansaba en el suelo y que parecía prolongarse en un cuerpo situado al otro lado del pavimento, estuvo un segundo con la boca abierta, mientras el horror de la situación penetraba en su mente y luego lanzó un estridente chillido.

Instantes después, se desplomaba al suelo sin conocimiento.

CAPITULO II

—No tengo la menor idea de quién pudo hacerlo, inspector —contestó Fix más tarde, a las preguntas que le dirigía el policía encargado de la investigación—. He permanecido ausente del país más de seis meses y hoy, precisamente, a mi regreso, vine a ver al profesor, porque quería pedirle explicaciones acerca de ciertos asuntos comunes. Todo lo demás ya lo sabe usted.

El inspector Sidney anotó algo en su libreta. Luego dijo:

—No lo sé todo, señor Fix. Por ejemplo, ¿qué ha hecho fuera del país durante este medio año?

—En parte, negocios propios y en parte negocios del Departamento de Estado. Todo ello, relacionado con el maloliente pero productivo mundo del petróleo. Si quiere conocer más detalles sobre mi viaje, tendrá que informarse en el De- panameño de Estado; yo no tengo autorización para revelarlos, por ahora.

Sidney se impresionó muchísimo al oír aquella respuesta. Ya sabía quién era el joven que tenía delante y se dio cuenta de que buena parte de los motivos del viaje de Fix al extranjero tenían mucho que ver con asuntos secretos.

—Bien, lo investigaré —contestó—. ¿Qué me dice de la señorita Victor?

—La conocí hoy por primera vez. Coincidimos al llegar a casa. Ella me dijo que el profesor la había contratado como secretaria y que hoy empezaba su trabajo. Eso es todo y, sinceramente, no tengo motivos para dudar de sus declaraciones.

—Señor Fix, según mis informes, el profesor parece que había formulado el propósito de vengarse de los compañeros de expedición que le abandonaron en aquella selva centroamericana, a merced de los nativos. ¿No cree usted que alguno de esos expedicionarios, temiendo la venganza del profesor, hubiera decidido anticiparse, asesinándolo?

—Quizá, pero no puedo asegurar nada, inspector.

—Otros rumores apuntan a una posible venganza de los indígenas, a los cuales les fue robada un arca que ha sido noticia en los últimos días. ¿Qué opina sobre el particular, señor Fix?

—Inspector, por lo poco que yo sé, si la muerte del profesor fuese obra de algún indígena, creo que no se habría molestado en colocarle en su sillón, después de haberle cortado la cabeza. Pudo decapitarle, pero pienso que se habría marchado inmediatamente, sin montar una especie de decorado siniestro que, para él, no tenía razón de ser.

—Sí, estoy de acuerdo con usted. Otro punto que he de investigar es el arca que se trajo el profesor de Satzen-Tzá. La han robado,

señor Fix.

—Lo eché de ver inmediatamente, inspector —respondió el joven —. Pero no tengo la menor idea de quién ha podido hacerlo. Me siento tan desorientado como usted, créame.

Sidney guardó su libreta.

—Bien, tendré que venir en otro momento a Jefatura, para firmar la declaración. Luego iré al hospital para interrogar a la secretaria.

—Déjela —pidió Fix—. Ella le dirá aún menos que yo, y ha sufrido un «shock» terrible. Permítala que se reponga por completo.

—Bueno, esperaré a mañana, pero eso es todo lo que puedo concederle. ¿Piensa permanecer ahora en la ciudad, señor Fix?

—Si. Tengo la intención de quedarme una temporada muy larga. Por ahora, no necesito viajar de nuevo al extranjero.

—Si averigua algo más, no deje de llamarme —solicitó el policía.

—Conforme. Ah, diga en el hospital que atiendan a la señorita Victor del mejor modo posible. Mencione mi nombre y diga que yo correré con todos los gastos de estancia y atención médica que sean precisos.

—Así lo haré —prometió Sidney.

Los policías permanecieron todavía un buen rato en la casa, buscando huellas. Al fin, Fix se quedó solo.

—Tío Septimus, tuviste que ser consecuente contigo mismo hasta en la forma de morir —dijo, como si el difunto pudiera escucharle—. Ahora te has quedado sin arca y, lo que es peor, sin cabeza, y yo sin los miles de dólares que te presté con absoluta inconsciencia y que ya no me devolverás, porque en el mundo en que te encuentras ahora, no se usa el dinero para nada. La única moneda son las buenas obras y tú, me parece, hiciste tan pocas...

Suspiró y buscó algo de beber. Mientras tomaba un par de tragos, empezó a pensar en los compañeros de expedición del profesor. ¿Sería útil entrevistarse con ellos y averiguar qué había pasado exactamente en el viaje a Satzen-Tzá?

En aquel momento, una mujer de mediana edad asomó a la puerta y le miró temerosamente.

—¿Puedo pasar, señor Fix?

El joven se sintió muy intrigado.

—¿Quién es usted, señora?

—Rita Flores, señor, la sirvienta del profesor. Estuve ausente porque tenía a mi hermana enferma y el profesor me dio permiso para dejarle un par de días. Me entere de lo ocurrido por la radio y vine inmediatamente... Ha sido algo horrible, ¿verdad, señor Fix?

—Si, horrible de veras, Rita. Bien, la casa ha quedado un poco revuelta y tendrá que ordenarla. De momento, yo me quedaré a vivir aquí, así que también eche un vistazo al frigorífico, para ver cómo

estamos de provisiones. Si falta algo, tendrá que salir a comprar.

—Sí, señor, pero... perdone que se lo diga, señor. El profesor me debía cuatro meses de sueldo y cincuenta dólares que le presté para comida la semana pasada...

Fix suspiró y elevó los ojos al ciclo.

—Tío Septimus, no deseaba tu muerte ni mucho menos, y daría algo porque siguieras con vida, pero... ¿qué descansados estamos sin ti! — exclamó.

Luego miró a la sirvienta y sonrió.

—Rita, vamos a echar cuentas —dijo.

* * *

Resoplando como una foca, el hombre llevó el arca al fondo del garaje, en donde había un banco de carpintero, sobre el cual quedó el pesado cofre. Estaba envuelto en una lona y la apartó a un lado, para dejar a la vista la brillante superficie dorada.

Los ojos del hombre brillaban aún más que el oro del arca. Estuvo mirándola durante unos instantes y luego la acarició con ambas manos.

—La maldición del arca... Tonterías, fábulas sin base... —dijo, hablando consigo mismo—. Aquellos malditos indígenas podían hacer mucho daño con sus arcos y flechas envenenadas, con sus trampas mortales, con las cerbatanas que lanzaban dardos venenosos... pero nada más.

De pronto, lanzó un grito:

—¡Yo no creo en la maldición de Satzen-Tzá!

Continuó mirando el arca. Estaba seguro que debajo del oro había madera, pero el oro pesaba bastantes kilos. Lo fundiría y obtendría un buen botín. Pero antes, claro, extraería de su interior el ópalo gigante y, más adelante, vería de venderlo a algún tipo caprichoso y con dinero.

Estudió los cerrojos. Hizo una mueca de desprecio.

No había ninguna clave. Bastaba con descorrerlos todos para poder levantar la tapa del arca. Eso de que había que descorrerlos siguiendo un orden determinado era una tontería.

Alargó la mano, asió el cerrojo del centro y tiró a un lado.

Súbitamente, un violento chorro de vapor blanquecino brotó del arca y le dio en pleno rostro. El hombre gritó y manoteó frenéticamente, a la vez que tosía con indescriptible violencia.

El vapor le asfixiaba, le quemaba los pulmones. Todo su cuerpo ardía interiormente. Dio unos traspiés y cayó al suelo.

Las partes blandas de su cuerpo empezaron a disolverse. El suelo del garaje era de cemento, levemente inclinado a un lado, donde había un desagüe, que podía ser utilizado cuando se lavaba el coche. Por aquel orificio se escurrió el repugnante líquido rojizo en que se había convertido su cuerpo.

Minutos más tarde, sólo quedaba un esqueleto blanco, completamente mondo.

* * *

Con un enorme ramo de flores en las manos, entró en la habitación del hospital y se detuvo al borde de la cama. Flavia sonrió al verle. Fix sonrió también.

—Está mucho mejor, parece —dijo él.

—Si. Mañana saldré del hospital —respondió la chica—. ¿Son para mí?

—Claro, no se las voy a dedicar a la jefa de enfermeras. —Señor Fix, no sé cómo darle las gracias...

—Lo importante es que se ha repuesto —contestó él—. Me doy cuenta de que pasó un rato espantoso. Sinceramente, yo también pasé lo mío, y más teniendo en cuenta mi parentesco con el difunto.

—No sabía que fuesen parientes...

—El profesor era hermano de mi madre. Un tipo bastante chiflado, el alcaloide de la desorganización, el as del desorden y el campeón de las incongruencias. Más de una vez le predije que un día acabaría perdiendo la cabeza, pero se lo decía en sentido figurado. No podía imaginarme que mi profecía se cumpliría de una forma tan literal.

—¿Se sabe algo del asesino, señor Fix? —preguntó ella.

—Nada todavía. Pero eso es cosa de la Policía. Bien, ¿qué proyectos tiene usted, muchacha?

Flavia se puso seria.

—No sé qué decirle... Contaba con el empleo que me había dado el profesor... Precisamente, me había despedido de mi actual empleo y ahora no me lo darán de nuevo... Sinceramente, voy a tener que solicitar el subsidio de paro.

—¡Nada de eso! —dijo él vivamente—. El empleo sigue en pie, Flavia. Y no crea que lo hago por caridad. Yo también necesito una secretaria y, puesto que mi tío, que a veces tenía buen ojo clínico para algunas cosas, la eligió a usted, yo la confirmo en el puesto. ¿Hace?

Ella se sintió muy conmovida.

—Procuraré no defraudarle —dijo.

—Ah, es que si me defraudase, la pondría de patitas en la calle —

contestó él jovialmente—. Bueno, no me haga caso; usted es de las mujeres; que saben ganarse el sueldo que les pagan. Y a propósito, ¿cuánto iba a pagarle mi tío?

—Seiscientos mensuales, señor Fix.

El joven se rascó la cabeza.

—No sé dé donde hubiera sacado el dinero, porque tenía los bolsillos tan vacíos como el estómago de un oso después de invernar. En fin, si le prometió seiscientos dólares, ése será su sueldo.

—Además... —Flavia no se atrevió a seguir, un tanto turbada.

—Además, ¿qué, muchacha?

—No sé cómo decírselo... El contrato especificaba que yo... yo tenía que vivir en la casa, porque debía de estar dispuesta a trabajar a cualquier hora del día o de la noche. Por tanto, la manutención estaba incluida...

—Respetaré rigurosamente el contrato de tío Septimus —dijo él—. Es más, aquella casa necesita de una sirvienta y hoy mismo me ocuparé de contratarla. La señora Flores venia por las mañanas y veré a ver si quiere quedarse fija en la casa. ¿Le parece bien?

—Bueno, no puedo poner objeciones —respondió Flavia—. Mañana estaré allí para empezar a trabajar.

—Tendremos que poner en orden los innumerables papelotes del profesor. ¿Sabe?, cuando emprendió la expedición a Satzen-Tzá y sus compañeros volvieron allí, diciendo que había muerto a manos de los indígenas, yo no me lo creía nunca del todo, y así fue. Si le hicieron prisionero, tuvieron que soltarle muy pronto, porque era un hombre verdaderamente inaguantable. Dios le haya perdonado.

Flavia sonrió.

—Por lo visto, le conocía bien, señor Fix.

El joven suspiró.

—Demasiado bien —repuso—. En fin, ya no merece la pena seguir hablando del tema. —Sonrió—. ¿De modo que usted me daba un dólar para que tomase un bocadillo, creyendo de veras que tenía que comer hierba...?

Flavia sonrió atractivamente, a la vez que se ruborizaba. Antes de que pudiera contestar, llamaron a la puerta y entró un policía de uniforme.

—¿Señor Fix?

El joven se volvió.

—¿Qué pasa, amigo?

—El inspector Sidney quiere verle. Es muy urgente, señor; fuimos a buscarle a su casa y la sirvienta nos dijo que estaba en el hospital. Tengo abajo el coche de patrulla...

—Les seguiré en el mío, agente. —Fix tomó la mano de la muchacha —. Relájese, procure no pensar en nada y termine de curarse.

—Gracias —contestó ella.
Fix se encaminó con paso resuelto hacia la puerta.
—¡En marcha! —exclamó.

CAPITULO III

Estupefacto y horrorizado a un tiempo. Fix contempló el esqueleto que blanqueaba en el suelo del garaje. Había un par de fotógrafos de la Policía tomando vistas del lugar, y otros se ocupaban de tomar huellas. En el suelo del cobertizo, se apreciaban todavía indudables señales de humedad.

Al cabo de unos momentos. Fix se volvió hacia el policía.

—Inspector, ¿qué ha sucedido aquí? —preguntó.

Sidney se rascó la cabeza entrecana, con visible expresión de perplejidad.

—Si le he de ser sincero, no lo sé. Una vecina nos avisó, porque había oído unos gritos horrorosos que provenían de esta casa. Parece ser que la señora Rand vio venir a su esposo y entrar en el garaje. Por el momento, no hizo nada, ya que creía que estaba entretenido en alguno de sus trabajos caseros. Pero cuando pasó el tiempo y advirtió que no entraba en la casa, vino a ver y se encontró con este espectáculo. Como es lógico, empezó a pegar gritos y...

—Usted trata de decirme que ese esqueleto es todo lo que resta de un tal Larkin K. Rand, ¿no es así, inspector?

—En efecto —contestó Sidney.

—Bien, ¿y qué tengo yo que ver con un hombre al que ni siquiera conocía y cuyo nombre acabo de escuchar ahora por primera vez?

—Se lo diré en el acto. Rand fue uno de los miembros de la expedición que organizó el profesor a aquella selva centroamericana.

—No lo sabía, inspector.

—¿No? —se extrañó el policía.

—Señor Sidney, las actividades del profesor estaban tan alejadas de las mías como las costumbres de un esquimal lo estén de las de un hotentote. Por supuesto, él sabía que yo ando en ciertos negocios petrolíferos y yo sabía que él era arqueólogo. Pero si consideramos al esquimal y al hotentote citados con un poco de cultura, de modo que conozcan cada uno la existencia del otro, no por ello podremos deducir que estén enterados de las respectivas actividades. ¿Me he explicado bien?

—Demasiado largo, pero inteligible —contestó Sidney de mal humor—. Eso significa que no va a poder decirnos nada.

—Figúrese. Además, ¿cómo demonios saben que este esqueleto pertenecía a Rand?

Sidney señaló los huesos del brazo izquierdo.

—Anillo y reloj. También tenemos la dentadura, identificada por la viuda. El forense ha encontrado señales de fractura en una pierna. Una somera información nos ha dicho que hace algunos años se

rompió una pierna en una caída. Estamos buscando la radiografía del hospital donde lo curaron, para confirmar la identificación.

—Pero, ¿qué diablos le han hecho para dejarle el esqueleto tan pelado? Ni siquiera hay ropa...

—El forense ha mencionado la posibilidad de un ácido potentísimo, que ha disuelto todo cuanto no era metal o huesos, y estos han quedado intactos porque la cantidad de ácido no era lo suficientemente grande como para ejercer su acción corrosiva durante el tiempo necesario.

—Es posible que ese médico tenga razón, no lo sé. Yo no entiendo gran cosa de medicina; sólo soy un... hombre de negocios.

—Lo que sí pensamos es que la muerte de Rand puede tener mucho que ver con el robo del arca —dijo Sidney.

—¿Eh? —se sorprendió Fix.

—Verá, la misma vecina que llamó a la Policía dijo que vio a Rand sacar del maletero del coche un enorme bulto, envuelto en una lona que ya hemos encontrado. Por las declaraciones de esa testigo, podemos suponer razonablemente que se trataba del arca, debido a sus dimensiones del bulto que transportaba Rand.

»Pero eso no es todo —continuó Sidney—. Antes de que la señora Rand descubriera los restos de su esposo, y aproximadamente media hora después de la llegada de Rand al garaje, vino otro individuo, que entró en el cobertizo y estuvo un buen rato. Pensamos que ese sujeto fue el que, con una manguera, lavó el suelo del garaje, después de que el ácido hubiera hecho sus efectos. Luego, el mismo individuo, salió cargado con el arca, es decir, con un bulto envuelto en un paño, esta vez de color verde oscuro. Se llevó el arca a su coche y desapareció.

—¿Han identificado al ladrón?

Sidney hizo un gesto negativo.

—La testigo nos ha dado una descripción muy imprecisa, pero, tal como están poniéndose las cosas, yo me atrevería a pensar que fue uno de los miembros de la expedición a Satzen-Tzá.

—Maldita expedición —rezongó el joven—. Y pensar que yo la financié en buena parte... Me daría de bofetadas por haber sido tan estúpido...

—No tiene que hacerse reproches, señor Fix. Usted no podía saber lo que iba a ocurrir. Bien, si averigua algo o encuentra datos de interés, no deje de llamarme.

—Así lo haré, inspector. Y, dígame, ¿hay rastros del asesino de mi tío?

—Nada por ahora, pero sí le haré conocer un detalle que pone los pelos de punta. Por mi profesión, estoy habituado a ver y oír cosas horribles, pero creo que ésta supera a todo cuanto he conocido hasta

ahora.

—Vamos, inspector, suéltelo —pidió el joven—. Yo también tengo una profesión que me ha hecho ver cosas verdaderamente horribles. ¿De qué se trata?

—Usted encontró al profesor sentado en su despacho, en una postura aparentemente normal, pero la cabeza se desprendió apenas le sacudió por los hombros, ¿no es así?

—Sí, en efecto.

—Ya no había sangre, ni siquiera coagulada. ¿Sabe lo que dedujo el forense?

—Inspector, ¿quiere matarme de impaciencia?

—Hombre, es que se lo estoy dando a traguitos...

—Déjese de circunloquios —resopló Fix—. Tengo el estómago muy sólido, inspector.

—Bien, el asesino atontó al profesor de un golpe en la cabeza, señal que ha aparecido durante la autopsia. Luego lo condujo al baño y allí lo decapitó. Muy limpiamente, con un cuchillo sumamente afilado y una sierra de perfecto diseño, quizá de cirujano. Y allí mantuvo el cadáver, hasta que se hubo desangrado por completo. Naturalmente, la sangre se marchó por el desagüe de la bañera. Luego, una buena sesión de limpieza y...

—Basta, me imagino el resto. Pero, ¿por qué tuvo que colocar el cadáver nuevamente en su sitio?

—¿No le da la sensación de un asesinato ritual?

—A mí me da la sensación de que el criminal es un tipo sádico, completamente loco de remate —contestó Fix malhumoradamente—. Pero, en todo caso, es asunto suyo, inspector, aunque no por ello le negaré mi ayuda cuando lo necesite. ¿Puedo marcharme ya?

—Si, señor Fix. ¿Piensa quedarse mucho tiempo en la ciudad?

—En esta ocasión, permaneceré una larga temporada, quizá años. Estaré en la casa del profesor que, bien mirado, es mía. Adiós, inspector.

* * *

Flavia llegó al día siguiente, a las diez de la mañana. Fix la hizo pasar al despacho que había sido de Ainslower y ambos se sentaron frente a frente.

Rita Flores ha accedido a quedarse permanentemente —dijo—. Ella le enseñará su habitación después. Pero antes de seguir adelante, quiera hacerle algunas observaciones.

—Sí, señor Fix.

El joven hizo un amplio ademán.
—Aquí encontramos el cadáver de mi tío —dijo—. Necesito el despacho para trabajar, con o sin usted, o usted conmigo o sin mí. ¿No le impresionará el recuerdo de lo que vimos hace unos días?
—Trataré de acostumbrarme. Además, me retuvieron en el hospital más días de lo que debiera haber estado.
—¿Por qué? —se extrañó Fix.
Flavia se puso encarnada.
—Oh, no quise ser indiscreto —se disculpó él.
—No, no tiene nada de... vergonzoso. Sencillamente, tenía un pequeño déficit de glóbulos rojos.
—¿Anemia?
—Un principio de anemia, señor Fix.
—Pero... ¡si es la viva estampa de la salud! —se asombró el joven —. ¿No se habrán equivocado los médicos?
Flavia bajó los ojos.
—Hacia algunos días que... no me alimentaba adecuadamente — contestó, muy turbada.
—¿Por qué?
—Pues... andaba escasa de dinero y quería ahorrar, por si su tío no me daba el empleo...
—Pero usted me dijo que ya tenía uno y que se había despedido para contratarse con el profesor —le recordó Fix.
—Bueno, lo dije porque... no quería que supiera lo que me había sucedido...
—Vamos, vamos, muchacha; estoy seguro de que no hizo nada vergonzoso. Cuénteme lo que le sucedió, si no le importa.
—Es que... el jefe quería que yo... —Flavia hablaba muy bajo, llena de turbación - . Incluso me ofreció un puesto mejor, con más sueldo, pero yo tenía que... complacerle...
—Y se negó.
—Entonces me acusó de ciertas negligencias y me despidieron. Eso ocurrió ya hace dos meses y mis reservas estaban agotándose cuando encontré el empleo con el profesor.
—¡Menudo canalla! —se indignó Fix—. ¿Quién es ese sinvergüenza, señorita Victor? Me gustaría darle un buen puñetazo en la nariz, créame.
—Hockbull, Rossiter Hockbull, de la «Masters & Hurston Supplies Corporation».
—Conozco esa empresa. Incluso he tenido relaciones de negocios con ella —dijo el joven—. Y también conozco a un par de altos cargos, con los cuales hablaré en otro momento.
—Por favor, no haga nada. Yo ya lo he olvidado...
—Lo ha olvidado —resopló él—. ¡Caramba, estaba pasando

hambre por culpa de ese maldito Hockbull! Si se descuida un poco, la que tiene que comer hierba es usted y no yo.

Flavia se echó a reír.

—Eso ya pasó —dijo—. Bien, ¿qué he de hacer ahora?

Fix señaló una enorme pila de papeles que había sobre una mesita auxiliar.

—Lo primero de todo, poner en orden esos papeles. Son datos referentes a la expedición a Satzen-Tzá y quiero que haga un extracto de cuanto anotó y escribió el profesor. Pero antes de nada, debe instalarse en la casa. ¿Ha traído el equipaje?

—Si, señor; lo dejé en el vestíbulo...

Fix tocó un timbre. La señora Flores apareció a los pocos instantes.

—¿Señor?

—Rita, aquí tiene a mi secretaria, Flavia Victor. La señorita Victor, como le dije, se quedará en la casa. ¿Quiere enseñarle su habitación?

—Si, señor,

—Cuando esté listo el almuerzo, prepare cubiertos para dos.

—Muy bien, señor.

Flavia se puso en pie y sonrió.

—No sé cómo darle las gracias...

—¡Tonterías! —bufó el joven—. Estaba pasando hambre y, aun así, ofreció parte de sus menguados recursos a un hombre a quien creía más hambriento todavía que usted. Eso tío lo olvidaré jamás, Flavia. Si me permite que la llame por su nombre.

—Desde luego, señor Fix.

El joven hizo un ademán.

—Vamos, instálese y a trabajar —sonrió.

Al quedarse solo. Fix sacó un largo cigarro, mordió la punta y lo sujetó con los dientes. Después de encenderlo, tomó un papel en el que había escritos unos cuantos nombres.

Uno de ellos había sido tachado con lápiz rojo. Era el de Larkin K. Rand, muerto horriblemente, de una forma misteriosa y sin que nadie supiera con exactitud por qué había quedado reducido a un blanco esqueleto.

Los restantes nombres pertenecían a otras tantas personas que habían formado parte de la expedición organizada por el profesor. Fix tenía intención de visitarlos a todos.

Uno de los nombres pertenecía a una mujer, Martha Zeen, la cual había viajado a Satzen-Tzá en calidad de cronista de la expedición. Fix encontró que resultaría lógico iniciar las entrevistas que pensaba realizar con un viaje a la residencia donde vivía Martha Zeen.

CAPITULO IV

Era una mujer alta, de cuerpo robusto y pechos voluminosos, vestida con una especie de túnica larga que le llegaba hasta los pies, hecha de un tejido multicolor que dañaba a la vista. El pelo era rabiosamente amarillo y, al verlo, Fix se dijo que aquel color tenía mucho que ver con la química. Los ojos eran negros, duros, poco o nada amistosos, el mentón tenía ya doble papada. Fix calculó la edad de Martha Zeen en medio siglo, aunque ella hacía desesperados esfuerzos para aparentar diez o doce años menos.

—¿De modo que usted es el sobrino del viejo zorro que fue el profesor Ainslower? —dijo Martha Zeen, después de las presentaciones protocolarias.

—Hijo de una hermana suya, señora —sonrió el joven.

—Y, sin duda, viene a mi en busca de detalles de lo que pasó durante aquella maldita expedición.

—Si no es molestia, señora...

La casa donde vivía Martha era grande y en ella reinaba un espectacular desorden, en el que, apreció Fix, había mucho de decoración, a fin de impresionar a los visitantes. Ella tenía en la mano una larga boquilla, con un cigarrillo humeante, que cambió apenas se había consumido la mitad.

—Tengo mucho que contar de aquella expedición, en efecto —dijo la mujer—. Pero, naturalmente, no me voy a confiar con el primer llegado, aunque sea sobrino del difunto profesor.

—¿Puedo conocer los motivos, señora? —inquirió Fix.

—Claro —respondió ella—. Fui la cronista de la expedición y estoy preparando un libro que relatará puntualmente todo lo acaecido durante el viaje a Satzen-Tzá. Como puede comprender, no me interesa divulgar ciertos detalles antes de que haya escrito ese relato.

—Sin embargo, la Policía...

—La Policía ya me ha interrogado y he dado las respuestas convenientes. Pero, si quiere saber un dato de importancia, le diré que no abandonamos al profesor, dicho esto en un sentido estricto. No es que huyéramos cobardemente, dejándolo entregado a su suerte en manos de aquellos feroces nativos. Simplemente, nos cansamos. Vimos que no llegaríamos a ninguna parte y nos volvimos, eso es todo.

—Mi tío, sin embargo, opinaba todo lo contrario, señora.

—Las opiniones son libres —contestó Martha fríamente-. Por eso la mía difiere radicalmente. Y lo mismo digo de los restantes miembros

de la expedición.
—Uno de los cuales era Larkin K. Rand, muerto de una forma misteriosa —dijo Fix.
—Era un hombre excelente y muy servicial. Lo he sentido enormemente. Pero no sé quien ni cómo pudo matarlo.
—Sin embargo, se sospecha de él que robó el arca.
Martha se encogió de hombros.
—Yo no he sido, puede tenerlo por seguro —replicó.
—¿No sabe quién tiene el arca en estos momentos?
—No. Lo lamento, señor Fix. Créame, daría algo bueno por ayudarle, pero no puedo hacer más.
El joven comprendió que aquella mujer no estaba dispuesta a hacerle más concesiones. Pero estaba seguro de que sabía más, muchísimo más de lo que quería dar a entender. Incluso sabía más de lo que diría en su libro.
Pero se callaba. ¿Tenía miedo? ¿O era conveniencia?
Esbozó una sonrisa de circunstancias.
—De todos modos, muchas gracias por haberme atendido, señora Zeen —dijo—. Siento infinito haberle robado unos minutos de su precioso tiempo.
—Al contrario, ha sido un placer —repuso ella, mirándole a través de los párpados entornados—, ¿No quiere quedarse a tomar una copa?
Fix emprendió la retirada. Si Martha hubiera sido más joven, habría intentado conseguir más detalles mediante un intento de conquista amorosa, pero era una mujer que, en el fondo, repelía.
—No, gracias —rechazó el ofrecimiento—. Aún es demasiado temprano para mí.
Buscó la puerta. Cuando iba a salir, se volvió hacia ella.
—Señora, ¿cree usted de veras en la maldición del arca? —preguntó de sopetón.
Martha soltó una estridente carcajada.
—Yo sólo creo que las cosas realmente tangibles, como, por ejemplo, el anticipo que me dará el editor cuando le entregue los primeros capítulos de la obra —contestó.
Fix hizo un gesto afirmativo.
—Si, es una buena táctica —murmuró a la vez que abría.
En la calle, se aflojó el cuello de la camisa y respiró a pleno pulmón.
—¡Uf, qué mujer! —murmuró.

* * *

—Coriácea, dura como el hierro —calificó Fix más tarde, cuando

almorzaba con la muchacha.
—No ha conseguido nada, parece —adivinó Flavia.
—La señora Zeen es una mujer muy lista y desprovista de sentimientos, excepto hacia el dinero —respondió el joven—. Pero quizá otro día vuelva a la carga. Juraría que hoy la he pillado prevenida y por eso ha podido defenderse con éxito de mi ataque. Dicho sea metafóricamente, claro.
Flavia sonrió.
—Es lo que me suponía —dijo—. Señor Fix, he estado repasando las notas y apuntes del profesor, no todo, claro, porque aún me queda mucho material, pero he encontrado algo que puede resultar interesante.
—¿Si? Dígame, por favor.
—Verá, en una de las notas el profesor habla de otro de los miembros de la expedición, una tal Karen Norfolk, antropóloga. El profesor escribió un comentario muy mordaz acerca de las relaciones de la doctora Norfolk con el jefe de guías de la expedición, un nativo llamado Yahuac, del que no da más detalles. Parece deducirse, sin embargo, que las relaciones entre la doctora y Yahuac eran más intensas de lo que cabria pensar en una situación semejante...
—¿Qué es lo que quiere decir, Flavia?
—Verá... El profesor comenta que los estudios antropológicos de la doctora son... demasiado profundos, referidos al guía Yahuac, por supuesto. Son estudios... eminentemente prácticos, por decirlo de algún modo.
Fix sonrió, se limpió los labios con la servilleta y tomó un poco de vino.
—Comprendo perfectamente. ¿Da más detalles de la relación de la doctora y el nativo?
—No. pero lo que dice ya es suficiente —contestó Flavia—. Luego, el profesor habla de Yahuac y dice que tiene la impresión de que éste les está haciendo perder el tiempo, llevándoles por un camino equivocado, a fin de evitar que localicen el lugar donde está el arca.
—Pudiera ser —convino Fix—. Recordemos que el arca era un objeto precioso para los nativos y que no les gustaría que se la llevasen. Lo mismo que pasa en nuestro mundo, cuando alguien entra en una iglesia y se lleva una valiosa obra de arte.
—Pero, por regla general, el ladrón de esa obra de arte no cree en una maldición lanzada por el artista que la creó.
—Oh, claro que no cree, pero la maldición existe... si le atrapa la Policía, porque va a parar a la cárcel durante unos cuantos años —rió Fix.
Flavia rió también.
—Tiene razón —admitió—. El Código Penal maldice a los que

roban obras de arte de las iglesias o de los museos. Supongo —añadió—, que irá a visitar a la doctora Norfolk.

—Si, pero mañana. A fin de cuentas, también tengo asuntos propios que resolver, Flavia.

Fix se puso en pie.

—Continúe trabajando, pero no se mate —dijo como despedida.

—Sí, señor. Ah, he hecho una lista de los miembros de la expedición. Creo que le interesará tenerla...

—Si, desde luego.

La muchacha se levantó, salió del comedor y volvió a poco con un papel que puso en manos de Fix. Este leyó rápidamente la lista y, de pronto, lanzó una exclamación.

—¿Sucede algo? —preguntó ella.

—Hombre, pero si está aquí... ¿Quién se iba a figurar que a Dickie Foran le diese por las expediciones científicas a Centroamérica?

—¿Conoce usted al señor Foran?

Fix sonrió.

—En el lugar adonde fueron, el dinero no servía de mucho, pero aquí, en la ciudad, cuando se está junto a un tipo como Foran, conviene tener la mano constantemente en la billetera. Y no decirle tampoco dónde tenemos la caja fuerte.

—Es un ladrón —se asombró Flavia.

—De los finos. Será cosa de ir a verle, pero en otro momento, claro. Además, hay que hacer algo...

Fix sacó un lápiz y tachó un nombre. Luego meneó la cabeza.

—A Rand ya no podemos hacerle preguntas —añadió sombríamente.

* * *

Cuando llamaron a la puerta, Mick Canlon levantó la vista del libro y miró instintivamente hacia la entrada. Vaciló unos segundos y, al fin, cerró el libro y se puso en pie.

Cuando abrió, no vio a nadie en el umbral. Lo primero que pensó fue que alguien había querido gastarle una broma pero, casi en el acto, divisó un bulto de forma cuadrada que aparecía a dos pasos de la puerta, cubierto con una tela de color verde.

Canlon se acercó a aquel objeto y levantó un pico de la tela. Inmediatamente, sufrió una fuerte sacudida.

—Dios mío, el arca...

Receloso, miró a derecha e izquierda, para ver si podía descubrir ai autor del envío totalmente inesperado. Pero no se divisaba a nadie en las inmediaciones de su casa. Además, era de noche y, en aquella

zona, el alumbrado público era más bien deficiente.

Al cabo de unos momentos, cargó con el arca y la llevó al interior de la casa, dejándole encima de una mesa. Terminó de apartar el paño verde y entonces divisó un rectángulo de papel sujeto a la tapa con un trozo de cinta adhesiva.

Había un mensaje, muy breve:

> «Usted es un hombre decente. Guarde el arca hasta que llegue el momento de abrirla y recibirá su recompensa.»

Canlon meditó un buen rato. ¿Y si abriese el arca para nada más que contemplar su contenido? No. tenía intención de quedarse con algo que no era suyo, pero le devoraba la curiosidad.

—Y, qué diablos, yo no creo en las maldiciones... —mascullo.

Estiró las dos manos y asió los vástagos de sendos cerrojos, sin fijarse siquiera en su situación. Los cerrojos se hallaban en brazos opuestos de la cruz y, de pronto, los abrió, separando los brazos con gesto rápido.

Se oyó un tañido musical, bajo, muy profundo. Algo salió disparado de la pared frontal del arca, una cosa muy brillante y, tan veloz, que Canlon no pudo ver lo que era. Pero sintió en el pecho un dolor horrible y retrocedió, con las manas en el lugar afectado y el rostro deformado por una mueca dé indescriptible sufrimiento.

Las fuerzas empezaron a fallarle. Dio un par de vueltas sobre sí mismo y acabó desplomándose al suelo.

Con ojos agónicos contempló el arca, refulgente como una joya de incomparable belleza. De pronto, le pareció que el arca se transformaba en una masa de fuego. Pero su resplandor duró muy poco y en seguida vino la más absoluta oscuridad.

Al cabo de un rato, había dejado de moverse. Más tarde, alguien vino y se llevó el arca y el mensaje.

CAPITULO V

La puerta estaba entreabierta y Fix asomó la cabeza.

—¡Eh! —gritó—, ¿Hay alguien en la casa?

Una voz femenina contestó desde el interior

—¡Maldita sea! Esa estúpida ha vuelto a dejarse otra vez ia puerta abierta... Oiga, si es un vendedor de algo, ya puede largarse, porque no necesito nada...

—No vendo cosas, doctora —dijo el joven a voz en cuello—. Sólo quiero hablar con usted. Era sobrino del profesor Ainslower.

—¡El profesor! —repitió la mujer—. Pero, ¿tenía un sobrino?

—Tenía una hermana y ésta se casó y concibió y parió un hijo, que soy yo. La hermana del profesor, afortunadamente, goza de buena salud, doctora Norfolk.

—En tal caso, entre, hombre. Estoy en el baño.

—Gracias, doctora.

Fix cruzó el umbral, cerró la puerta y contempló el interior de la casa, en donde pudo apreciar numerosos objetos exóticos, sobre todo, máscaras de pueblos primitivos, aunque también divisó algunas armas de aspecto verdaderamente horripilante. No cabía duda: era el hogar de una antropóloga.

—Oiga —gritó ella—, ¿dónde está?

—Aquí, en la sala...

—Venga al baño, hombre; no me haga salir antes de tiempo. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—No se lo he dicho, doctora. Mi nombre es Oliver Fix.

—¿Le da miedo ver a una mujer en el baño, Oliver? —rió ella.

—Sólo tengo miedo a mis acreedores, pero a usted no le debo ningún dinero, me parece.

Sonó otra carcajada. Fix cruzó un par de habitaciones y se detuvo ante la puerta del cuarto de baño. Ella estaba en la bañera, cubierta de espuma hasta el cuello.

Tendría unos treinta y cinco años y era muy guapa, de pelo negro y ojos grises. Habla experiencia y malicia en su mirada.

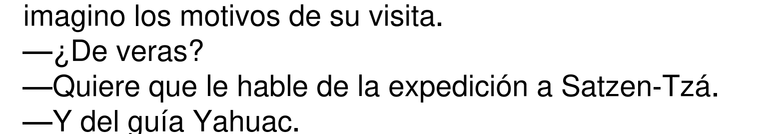
—Vaya sobrino —exclamó la doctora Norfolk—, ¿Sabe?, el otro día estuve a ver a mi psiquiatra y me recomendó un tipo como usted pata curar mi depresión. Pero le veo muy sucio. ¿Por qué no entra a limpiarse conmigo?

Fix se quedó con la boca abierta ante aquella inaudita proposición. Karen Norfolk volvió a reír.

—Era sólo una broma, hombre —añadió—. Está bien. ¿Qué quiere de mí, Oliver?

—Verá, doctora...

—Karen para usted —indicó la antropóloga—. Siga, aunque ya me


imagino los motivos de su visita.
—¿De veras?
—Quiere que le hable de la expedición a Satzen-Tzá.
—Y del guía Yahuac.
—¿Quién le ha dicho...?
—El profesor anotaba todo lo que observaba y se fijó especialmente en los estudios antropológicos que usted realizaba «in situ», con la colaboración de Yahuac.
Karen puso los ojos en blanco.
—Ah, un magnifico ejemplar de hombre... Resistente como un semental de pura raza... No encontraré otro como él, créame.
—Vaya, parece que guarda un magnífico recuerdo del guía...
—Será difícil que lo olvide, a menos que encuentre otro de sus cualidades. Quizá usted...
Ella le miró maliciosamente.
—Le sorprende mi franqueza, ¿verdad? —agregó—. Soy una mujer liberada, sin complejos. Cuando un hombre me gusta, se lo digo a la cara y, a fin de cuentas, es un modo como otro cualquiera de profundizar en la antropología.
—Cuénteme cosas de la expedición —pidió él, a la vez que se apoyaba en una jamba de la puerta.
Hubo un momento de silencio. Karen parecía pensativa.
—Resultó un fracaso —dijo al cabo.
—¿Por qué?
—Tuvimos que volvemos sin haber conseguido encontrar el arca.
—El profesor lo consiguió.
—Pero estuvo a punto de dejarse el pellejo. Nosotros no fuimos tan valientes, debo admitirlo.
—Sin embargo, salvó la vida y trajo el arca.
Karen hizo una mueca.
—De poco le sirvió —dijo.
—Sí, ya está muerto. *¿Cree* en la maldición?
—No.
—Dos hombres han muerto ya a causa del arca.
—Simple coincidencia, Oliver. No haga caso. El arca es valiosa en sí, por el oro con que fue forrada la madera de su estructura.
—Sin dar de lado la obra de arte que es.
—Eso es muy cierto —admitió Karen—. El artista hizo un trabajo notabilísimo.
—¿Qué me dice del ópalo que hay en su interior?
—Si la leyenda es cierta, debe de tener el tamaño de una cabeza humana. De un niño de dos años, para ser más exactos, si es que cabe la exactitud en este caso.
—Un ópalo más grande que un coco.

—SI, suponiendo, repito, la veracidad de la leyenda. Pero nadie ha visto aún el ópalo.

—Karen, ¿abandonaron ustedes al profesor?

Los labios de la doctora se contrajeron un instante.

—Sí —admitió por fin.

Fix guardó silencio. Karen calló también, pero volvió a hablar pasados unos segundos.

—Sin embargo, no fue un abandono en el sentido estricto de la palabra —continuó—. Le dijimos, simplemente, que no queríamos continuar. No fue que nos atacasen los nativos, ni existiese ningún peligro en aquellos momentos. Estábamos hartos de dar vueltas por la selva, padeciendo mil incomodidades y sin perspectivas de éxito. Ainslower se quedó allí con la mayoría del equipaje y los pertrechos y media docena de porteadores.

—¿Estaba Yahuac con los que se quedaron con mi tío?

Karen asintió.

—Si, Yahuac se quedó también —repuso.

—Es raro. Si usted apreciaba tanto al guía, ¿por qué no se quedó?

—Hombre, todo tiene un límite —rió ella—. Y yo debía cierta solidaridad a mis compañeros de expedición. Al cabo de un tiempo, y por muy entusiasta que una sea de la ciencia, se añoran los buenos hoteles, las mesas con blancos manteles, la cama mullida con sábanas frescas, una bañera llena de agua y espuma... Había demasiados insectos, sin contar tarántulas, escorpiones, serpientes y otros bichos.

—Es decir, Yahuac se quedó con el profesor.

—Exacto, Oliver.

—Dejando de lado los posibles resentimientos del profesor contra ustedes, ¿no le parece un tanto extraño que el hallazgo del arca se produjera pocos dias después de haberle abandonado?

—No tengo elementos de juicio —respondió Karen—. Quizá la teníamos ya en la punta de los dedos, pero no supimos verlo. Ainslower fue más tenaz y lo consiguió.

—Me gustaría saber de dónde obtuvo mi tío la información que le permitió llegar hasta el arca. ¿Tiene alguna idea al respecto?

—No, en absoluto. Nunca quiso mencionar la fuente de su información. En buena parte, éste fue el motivo de que lo dejáramos plantado. Resumiendo: ya no confiábamos en él.

—Gracias, Karen.

Ella sacó una mano fuera de la espuma.

—Oliver, ¿no necesita un baño?

Fix sonrió.

—Ya me bañé antes de salir de casa, gracias.

—Se pierde algo bueno y no es porque lo diga yo.

—No lo dudo en absoluto, pero...

—Otro día será —suspiró Karen.

—Sí, otro día.

Fix emprendió una prudente retirada. Raramente solía decir no a las insinuaciones hechas por una persona de distinto sexo, pero tenía por norma abstenerse de devaneos cuando la mujer podía tener alguna relación con la misión que estaba desempeñando.

Y, en este caso, Karen Norfolk, estimó, tenía mucho que ver con el arca de la maldición. Al igual que la señora Zeen, sabia más de lo que había dicho.

Todo era cuestión de paciencia. Otro día volvería a la carga, se propuso, cuando salía de la casa.

Karen abandonó la bañera momentos después y empezó a secarse. Cuando terminó, desnuda como estaba, pasó al dormitorio.

De repente, notó que no estaba sola en la alcoba.

Un escalofrió recorrió su desnuda espalda, desde la nuca hasta los talones. Súbitamente, percibió un intenso frío en la garganta.

Todo se borró de sus ojos en el acto. Ni siquiera se dio cuenta de que su cabeza, limpiamente separada del tronco, rodaba por el suelo, mientras que del cuello amputado brotaban dos potentes surtidores rojos.

Luego el cuerpo sin cabeza dobló las rodillas y se vino al suelo en silencio.

El asesino lanzó algo sobre la alfombra. Era una especie de alfanje, de hoja muy ancha y curva y con el Filo de una navaja de afeitar. El brillo del acero estaba empañado por la sangre de la víctima

* * *

—No puedo decir que esté haciendo muchos progresos —se lamentó Fix aquella noche, durante la cena.

—Tengo la impresión de que los miembros de la expedición no quieren soltar la lengua —dijo Flavia—, ¿No opina usted así también, Oliver?

—Si, pienso lo mismo —repuso el joven—. Resulta curioso —continuó—. Estaban a punto de llegar al lugar donde se guardaba el arca y decidieron abandonar al profesor. Mi tío encontró el arca antes de una semana de haberse quedado solo. ¿No le parece extraño?

—Según tengo entendido, llevaban ya más de dos meses buscándola sin ningún resultado. Era una búsqueda que no podía durar eternamente.

—Cierto, pero ese detalle sigue intrigándome...

De pronto, llamaron a la puerta. Fix oyó a Rita hablar con alguien.

Luego, sonaron unos pasos que se acercaban al comedor.
El inspector Sidney sé hizo visible.
—Buenas noches —saludó—. Perdonen si interrumpo, pero no podía hacer otra cosa.
Fix observó que el policía parecía sumamente preocupado.
—¿Ocurre algo, inspector?
—¿Hoy ha estado a visitar a la doctora Norfolk?
—Sí, en efecto. ¿Por qué lo pregunta, inspector? Pero permítame que le invite a sentarse a la mesa...
—Gracias, ya he cenado.
—Al menos, tome una taza de café, hombre.
Flavia se levantó con viveza.
—Yo se la serviré —dijo.
Los dos hombres se quedaron solos un momento. Fix observó cierto nerviosismo en el policía.
—Vamos, inspector, suéltelo —dijo amistosamente—. ¿Qué diablos ocurre ahora?
—¿De qué habló con la doctora Norfolk, señor Fix?
—De la expedición a Satzen-Tzá, naturalmente. ¿Qué otra cosa podría haber hablado con ella?
—¿Por qué fue a hablar con la doctora de ese tema?
—Mi tío murió asesinado. Yo financié la expedición. Si el arca vale algo, tengo derecho a obtener provecho de mi inversión, ¿no Te parece?
—¿Le dijo la doctora dónde está el arca?
—No, en absoluto.
—¿De qué más hablaron, señor Fix?
—Sólo de ese tema, inspector.
—¿Nada más?
—Perdone, hay otro asunto, pero sin el permiso de la doctora, no puedo revelar el tema. Es... demasiado íntimo...
—Hable sin temor, señor Fix. La doctora está muerta.
Fix se quedó sin aliento. Flavia, con una bandeja, en el umbral, lanzó una exclamación de horror.
El joven tardó unos momentos en recuperarse.
—Inspector, le aseguro que la doctora estaba viva cuando la dejé —exclamó—, Flavia, por favor, traiga aquí la bandeja o se le caerá de las manos.
—Sí, si... —dijo la muchacha, terriblemente turbada—. Perdóneme, pero...
—Yo serviré el café al inspector —indicó Fix—. ¿De qué ha muerto la doctora?
—Coleccionaba objetos exóticos, entre ellos, algunas armas muy extrañas. El asesino usó una especie de machete, que tiene cierto

aspecto de cimitarra árabe.
—La acuchilló...
—No. Le cortó la cabeza. De un solo tajo.
Flavia se puso una mano en la boca y echó a correr. Fix la miró con simpatía.
—La verdad, inspector, nos ha dado el postre —se quejó.
Imperturbable, Sidney se tomó su café.
—Lo siento —dijo después—. De modo que la doctora estaba viva cuando usted abandonó su casa.
—Si, en la bañera. Ella estaba bañándose y me recibió allí, por raro que le parezca. Incluso, y no me tome por inmodesto, quiso que la hiciera compañía, pero me negué. Todavía estaba en la bañera cuando me marché.
—El cadáver ha aparecido completamente desnudo. La doctora se secó, pasó al dormitorio y entonces, el asesino,
que la aguardaba detrás de la puerta, usó el machete, golpeando por detrás. Fue una decapitación hecha con verdadera pericia, si se puede expresar de esta forma.
—¿Sospecha de mí, inspector?
—No —contestó Sidney—. Usted no la mató.
—Sé manejar el cuchillo. Incluso acierto un blanco a diez pasos de distancia...
—Encontramos huellas de pisadas en el baño, pero iban y venían de la puerta de la casa. ¿Quiere enseñarme los zapatos?
Fix levantó sus pies. Sidney hizo un gesto negativo.
—No coinciden con las huellas que había en el dormitorio —añadió.
—Si encontraron pisadas en el dormitorio, tendrán una idea de quién fue el asesino.
—En absoluto. —Sidney se puso en pie—. Lamento haber estropeado la cena a su secretaria —agregó.
—Usted cumplía con su deber —sonrió Fix.
—Por cierto, ¿cuál era el otro tema que discutió con la doctora? Ahora ya puede revelarlo, me parece.
—No hay inconveniente. La doctora realizó estudios antropológicos en vivo con el guía de la expedición, aunque yo diría más bien que fueron estudios anatómicos.
—Vamos, se acostaba con ese nativo.
—Lo confesó ella misma —repuso Fix.
Sidney hizo un leve gesto con la cabeza.
—Gracias —murmuró—. Oiga, ¿sabe que parece como si la leyenda de la maldición del arca fuese cierta?
—Si el arca fuese de hojalata, no habría muertes —contestó el joven muy serio.
—Puede que tenga razón —se despidió el policía.

Flavia vino poco después, con la cara blanca como la nieve.
—No sé cómo disculparme...
Fix sonrió comprensivamente, a la vez que le ofrecía una copa.
—Beba un poco de vino y se sentirá mejor. Luego vaya a la cama y procure dormir —aconsejó.
—No sé si podré...
—Tiene que intentarlo. Ha ocurrido algo verdaderamente lastimoso, pero no lo remediará pasándose la noche en vela. Haga lo que le digo, es lo mejor.
Ella sonrió débilmente.
—Es usted muy animoso. No sé cómo puede conservar la calma en estas circunstancias. A mí no me afectan directamente, pero, aun así, me siento muy nerviosa.
Fix le entregó la copa llena de vino.
—Este es el mejor sedante —recomendó jovialmente—. Y procure pensar en otras cosas; verá qué pronto se duerme.

CAPITULO VI

Flavia, en efecto, se durmió a los pocos minutos de haber apagado la luz, pero después del primer sueño, que duró unas tres horas, se despertó bruscamente, acometida por una extraña sensación que, sin embargo, no sabía definir.

Por una parte, pensaba que iba a ocurrir algo. Por otra, se decía que no tenía por qué suceder nada en aquella casa. El arca había desaparecido, nadie sabía dónde estaba y las posibilidades de encontrarla parecían sumamente remotas.

Se preguntó si era cierto que el arca encerraba una maldición que podía afectar a los miembros que habían formado parte de la expedición del profesor Ainslower. El arca era, o se decía había sido un objeto sagrado para los indígenas que habitaban aquella región aún desconocida de Satzen-Tzá. ¿Era la venganza de algún espíritu desconocido? ¿Se trataba del resultado de alguna antiquísima civilización, aparentemente extinguida con el paso de los tiempos pero cuyos conocimientos, a pesar de todo, habían sido transmitidos de generación en generación por unos pocos seres elegidos para la custodia y conservación del arca?

Empezó a ponerse nerviosa. Miró el reloj y vio que apenas era la una de la madrugada. No le seducía la idea de pasar en vela el resto de la noche y pensó que un vaso de leche tibia la ayudaría a conciliar el sueño nuevamente.

Encendió la luz, saltó de la cama, metió los pies en unas zapatillas y se puso la bata. Luego salió del dormitorio.

La casa estaba en silencio. Abajo, en el gran vestíbulo, había una lámpara encendida, que arrojaba sombras espectrales por algunos lugares. Descendió silenciosamente y se encaminó hacia la cocina.

Súbitamente, creyó oír algún ruido en el gabinete de trabajo.

—Debe ser Oliver —murmuró—. Sin duda, se ha quedado hasta muy tarde...

Desviando su ruta, cruzó el vestíbulo y abrió la puerta.

—¿Todavía en pie? —preguntó, antes de darse cuenta de que no era Fix el hombre que se hallaba en el despacho.

E! intruso se volvió, enormemente sorprendido. La estancia se hallaba iluminada solamente por una lámpara con pantalla globular translúcida, situada sobre la mesa. Flavia, estupefacta, divisó un rostro muy moreno, de piel brillante, como si fuera de bronce, y unos ojos negrísimos, de extraños fulgores.

El hombre tenía unos papeles en la mano. Durante un segundo, no se sintió menos asombrado que la muchacha. Luego, de pronto, soltó los papeles y corrió hacia ella.

Flavia gritó agudamente, pero, al mismo tiempo, conservó la suficiente serenidad para tirar de la puerta y cerrar de golpe, justo cuando el sujeto estaba a punto de alcanzarla. Vio la llave y la hizo girar velozmente. En la madera sonaron fuertes golpes.

Ella gritó de nuevo. Los golpes, sin embargo, ya no se repitieron.

Arriba sonó la voz de Fix.

—¡Hay un ladrón en el despacho! —gritó Flavia.

Segundos después, el joven descendía la escalera a saltos, vestido únicamente con el pijama. En la mano, sin embargo, llevaba un revólver.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Está ahí, en el despacho... —señaló Flavia con la mano—. Intentó atacarme...

Fix asintió.

—Apártese.

Ella obedeció. El joven hizo girar la llave, abrió la puerta y se quedó a un lado, con el arma a punto.

—Salga el que sea ordenó—. Tengo un revólver y sé utilizarlo.

No hubo respuesta. Fix se arriesgó a asomar la cabeza y escrutó el interior del despacho. La ventana que había al fondo estaba abierta de par en par.

—Se ha largado —dijo.

—Tenía unos papeles en la mano —declaró Flavia—. Estaba junto a la mesa. Yo oí ruidos y pensé que sería usted; por eso vine y abrí la puerta... Entonces me di cuenta de que era un desconocido y grite. El intentó atacarme pero pude cerrar a tiempo...

Fix entró en el despacho y lo examinó rápidamente. Había unos papeles caídos en el suelo y los recogió con gesto preocupado.

—No parece que se haya llevado nada —murmuró—. Aunque es muy posible que usted no le haya dado tiempo al sorprenderle inesperadamente. ¿Vio algún detalle particular?

—Sí. Era muy alto y corpulento y tenía el rostro de un color oscuro, pero no como si fuese un mulato. No, no me pareció que tuviese sangre negra; más bien diría que parecía un indio piel roja...

—Un piel roja —se asombró Fix—. ¿En esta casa?

—Lo siento. Yo sólo repito lo que vi.

—No, no se lo reprocho. La piel oscura...

—Como de bronce, brillante, yo diría que parecía de metal.

Fix se pellizcó el labio inferior.

—Yahuac —murmuró.

—¿Cómo? —se extrañó Flavia.

—Sí, el guía de la expedición. Anda por la ciudad, ¿sabe?

—Lo ignoraba. ¿Cómo se enteró usted?

Fix buscó algo en uno de los cajones y sacó un sobre, que

contenía varias fotografías. Eligió una y se la enseñó a la muchacha.

—Está hecha en los primeros días de la expedición —dijo—. Fíjese en este hombre que está en el extremo derecho del grupo.

—¡Es él, el intruso! —exclamó Flavia.

Fix golpeó la fotografía con el Índice.

—Aquí figuran todas los que tomaron parte en la expedición —dijo —. Usted ha identificado a Yahuac, pero yo ya sabía que estaba en la ciudad. Me lo dijo un periodista amigo que asistió a la conferencia de prensa que dio el profesor. Claro que ese amigo no conocía a Yahuac, pero me comentó su presencia, porque le había extrañado verlo entre el grupo de oyentes de mi tío cuando mostró el arca.

—Entonces, ¿ha venido a buscarla...?

—Si, seguro, pero está en las mismas condiciones que nosotros: ignora el paradero actual del arca.

Rita asomó en aquel instante.

—¿Sucede algo, señor? —preguntó, mientras se ajustaba la bata —. He oído ruidos...

—Nada de particular, porque hemos conseguido que el ladrón ponga pies en polvorosa —sonrió el joven—. Rita, ¿quiere preparar un poco de café?

—Sí, señor, al momento.

La sirvienta se marchó. Fix agitó la fotografía un instante.

—Tengo que ver a los restantes miembros de la expedición —manifestó—. Sobre todo, a uno de ellos, cuya presencia en este grupo se me antoja absolutamente incomprensible, a me nos que pensemos en el arca y su valioso contenido.

—El arca, aun vacía, vale muchísimo —dijo Flavia.

—Si es causa de muerte, para mí no tiene ningún valor —contestó él rotundamente—. Y, sin embargo, creo mi deber tratar de encontrarla a toda costa. —Buscó un frasco de vidrio tallado, lo destapó y puso parte de su contenido en una copa—. Flavia, tiene la cara de difunto. Tómese un trago de coñac y se sentirá mejor.

Ella sonrió.

—¿Sabe?, creo que empiezo a perder el miedo. Estoy me nos asustada que nunca —confesó.

—Lo celebro —dijo él, mientras se servía otra copa.

—Señor Fix. ¿cómo se llama el hombre al que piensa ver en primer lugar? —inquirió la muchacha.

—Dickie Foran.

—¿Me permite que le acompañe?

Fix arqueó las cejas.

—¿Qué hará usted, en tal caso?

—Tomar nota de la conversación, si le parece bien.

Fix meditó unos instantes. Luego hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, pero le advierto de antemano que va a ser una entrevista muy informal —dijo.

—Eso la hará más interesante, ¿no? —sonrió Flavia.

* * *

—Pero... no puede hacer eso —dijo la muchacha, cuando vio que Fix manipulaba en la cerradura de la puerta.

—No, no puedo, pero lo estoy haciendo —respondió Fix desenvueltamente.

La cerradura cedió al fin. Fix hizo girar el pomo y empujó la puerta.

El apartamento estaba en silencio. Flavia siguió temerosamente al joven, preguntándose dónde habría aprendido a abrir puertas ajenas, sin necesidad de usar la llave. Vio a Fix que se dirigía al dormitorio y luego se percató de que revisaba el baño.

Fix se hizo visible momentos después.

—El pájaro está fuera de la jaula —dijo.

—¿Habrá sospechado algo?

—No lo creo. Simplemente, ha salido. Son las doce del mediodía; tendrá algo que hacer... y probablemente, nada honesto.

Fix miró a su alrededor. Estaban en la sala y, de pronto, divisó un anticuado escritorio de persiana. Sin vacilar, se dirigió hacia el mueble y empezó a registrar los cajones.

Pasados unos minutos, terminó la tarea, que había resultado infructuosa. Luego intentó levantar la persiana, pero estaba cerrada con llave.

—Ganzúa, una vez más —suspiró.

Momentos después, cedía la persiana. Después de levantarla, empezó a registrar la parte destinada a escritorio. Había una carpeta y, al abrirla, vio una fotografía ampliada, copia de la que tenía en su casa.

—Mire, Flavia —dijo.

Ella se acercó. En el grupo de personas aparecían cuatro con sendos círculos en torno a su cabeza.

—El profesor, Rand y la doctora Norfolk —dijo él—. Tres muertos, pero hay otro señalado también y no tengo noticias de que se haya producido otra muerte.

—¿Lo conoce? —preguntó ella.

Fix volvió la fotografía. En el reverso, detrás de cada persona retratada, figuraba un nombre.

—Mick Canlon —dijo.

Guardó silencio unos momentos. Luego meneó la cabeza.

—Hay algo que escapa totalmente a mi comprensión —murmuró

preocupadamente—. Mi tío organizó la expedición, pero se rodeó, sospecho, de la colección más completa de pillos y granujas que uno se pueda imaginar. Este Canlon, por ejemplo: estafador y timador de altos vuelos, entre otras cosas. Y mire, aquí tenemos a Herb Mallis, antiguo contrabandista, aparentemente reformado, pero con tendencias a volver de nuevo al antiguo oficio.
—Sin embargo, había también una antropóloga, la doctora Norfolk —alegó Flavia.
—Casi, la excepción de la regla —dijo él mordazmente. De pronto, lanzó una exclamación—. Eh, ¿qué es esto?
Había un papel sobre la mesa y pudo leer una anotación trazada con letra irregular:
—«K..T.N. ha llamado. Urgente entrevistarse con él. Empieza a cansarse de excusas. Quiere resultados o dinero que te prestó. Besos.»—. Después de la lectura, Fix dijo—: Flavia, ¿sabe lo que significa esto?
—A ver, dígamelo.
—El bueno de Foran está en tratos con un hombre cuyas iniciales son K.T.N, sin duda, para que le lleve el arca. Parece ser que Foran ha recibido un impórtame anticipo y K.T.N. empieza a perder la paciencia, en vista de que no consigue lo que desea.
—Sería preciso averiguar quién es K.T.N., ¿no cree?
—Oh, ya lo sé. Kevin T. Normand, un tipo podrido de dinero y caprichoso como él solo. Se rumorea que, a veces, encarga robos de obras de arte, pagando sumas enormes, aunque, hasta ahora, no se le ha podido probar nada. Bien, no deja de ser un dato interesante, del que tomaremos buena nota.
—¿Nos vamos ya? —preguntó ella.
Fix demoró la respuesta un segundo. Flavia se dio cuenta de que tenia la vista fija en un punto de la fotografía.
El joven volvió la fotografía nuevamente. Luego hizo un gesto con la cabeza.
—El profesor, en ocasiones, resultaba tan ingenuo como un recién nacido —mascullló.
—¿Por qué lo dice? —se extrañó la muchacha.
—Vea a este tipo, el que sostiene el rifle, a la izquierda de la fotografía. Se llama Brady Pelford y presume de cazador profesional, pero no dice que es cazador de hombres.
—¿Un policía?
Fix lanzó una risa burlona.
—Los policías no disparan, si no es en legítima defensa. Pelford lo hace por dinero.
Flavia se estremeció.
—Un asesino profesional.

—Exacto.
—¿Cree que es el autor de las muertes que se han producido hasta ahora y supuestamente achacadas a la maldición del arca?
—No. Más bien pienso en Yahuac. Pero me fastidia mucho tener que marcharme de aquí sin haber hablado con Dickie Foran.
—Estoy a su disposición —sonó de pronto una voz en la puerta—. Pero, ¡cuidado!, tengo un revólver en la mano y apretaré el gatillo si alguno de los dos hace un gesto sospechoso.

CAPITULO VII

Flavia lanzó una exclamación de sorpresa. Fix se volvió lentamente, con las manos separadas del cuerpo.
—Hola, Dickie —sonrió.
Foran respingó.
—Usted —dijo, asombrado.
—El mismo —Fix se inclinó ligeramente hacia la chica—. Nos conocimos hace algunos años. Tuve el inmenso placer de enviarle una temporada entre rejas —explicó.
—Quizá ahora quiera vengarse —supuso Flavia, quien se sentía extrañamente tranquila, a pesar de ver a Foran con un arma en la mano.
—No, no disparará. Sabe que se vería en un compromiso muy serio. ¿No es cierto, Dickie?
Foran dijo algo entre dientes. Era un sujeto bajo, medio calvo, de insignificante apariencia, pero con unos ojos llenos de astucia, muy penetrantes.
—¿Qué está buscando en mi casa, Oliver? —preguntó.
—Rastros, pistas, senderos que me conduzcan hasta el arca.
—No la tengo yo. Pero, en todo caso, ¿con qué derecho...?
—Dickie, ¿de quién era el dinero que sufragó los gastos de la expedición? —dijo Fix tranquilamente.
—¿Conque fue usted? —exclamó Foran—. Ya me extrañaba a mi que el profesor tuviese tanta «pasta». Siempre fue un tipo con los bolsillos vacíos y... Pero eso no justifica...
—Si el arca no tiene otro dueño legal, me pertenece a mi.
—Eramos varios en la expedición.
—Ninguno pagó un centavo de los gastos de viaje. Todos fueron por codicia, por ansias de botín, incluida la doctora Norfolk. No digo que el profesor fuese totalmente desinteresado, pero estimo que era el único que tenía un relativo interés en la ciencia.
—Son formas de pensar —contestó Foran cínicamente—. De todos modos, insisto, no sé dónde está el arca.
—Pero la buscas.
—Claro, ¿y quién no?
—¿Cuánto te paga Normand por encontrarla y llevársela? Foran se sobresaltó terriblemente.
—¿Quién se lo ha dicho?
Fix le enseñó el mensaje que había encontrado en el escritorio.
—Supongo que algún amigo tuyo recibió la llamada y la anotó, para que te enterases —dijo—. Las iniciales son sumamente reveladoras, Dickie.

—Maldita sea, sí —admitió el sujeto de mal talante—. Normand quiere el arca. Es un sujeto caprichoso. Cuando suda, no expulsa por los poros agua, sal y toxinas, sino billetes de cien. Me pagará cincuenta de los grandes si le llevo el arca.
—¿No temes a la maldición, Dickie?
—¿Yo? —Foran se echó a reír—. Temería si intentase abrir esa maldita caja. Pero ganaré más entregándosela que tratando de enterarme de su contenido. Que lo haga Normand, si lo desea.
—Suponiendo que el arca llegue a su poder.
—Hasta ahora, no he tenido éxito. —Foran chasqueó los dedos—. Y ahora, largo...
—¡Un momento! —pidió Fix—. ¿Dónde puedo encontrar a Pelford?
Los ojos de Foran se achicaron más todavía.
—Es un sujeto peligroso.
—Deja eso de mi cuenta. ¿Dónde puedo verle?
—Suele «acampar» en un apartamento del edificio Shiltox Arms, el 12 E. Pero no sé a qué hora estará en su casa...
--Yo lo averiguaré. Ah, otra cosa. Dickie. ¿Has trazado tú los círculos en torno a las cabezas de cuatro personas que figuran en este grupo?
Fix enseñaba la fotografía. Foran asintió.
—Si. Ya son cuatro los muertos —respondió.
—Canlon está vivo.
—Lo encontraron muerto esta mañana, temprano —informó el sujeto —. La mujer de la limpieza... Hasta ahora, no se sabe de qué ha muerto.
Fix meneó la cabeza.
—No cabe duda: la maldición del arca se ha cobrado una nueva víctima. Dickie, ten cuidado.
—No abriría esa condenada caja por todo el oro del mundo —respondió Foran tajantemente—. Ahora, váyanse y déjenme en paz de una vez.
—Sí. Vamos. Flavia. Gracias por todo, Dickie.
—¡Muérase! —gruñó el hombrecillo de mal talante.
—Tiene un genio infernal —comentó Flavia una vez fuera del apartamento.
—Toda la fuerza se le va por la boca. En el fondo, está terriblemente asustado.
—¿Usted cree?
—Yo también lo estaría si hubiese formado parte de la expedición.
—Entonces, ¿cree en la maldición?
—No. Creo en que alguien se está aprovechando de la leyenda para eliminar competidores.
—¿Sabe quién es?

Fix suspiró.
—Si lo supiera, tendríamos dos cosas: la solución del caso y el arca en nuestras manos —respondió.
—¿Se atrevería a abrirla?
—Le daré la respuesta cuando la tenga frente a mis ojos —dijo Fix evasivamente.

* * *

Foran colgó el teléfono y lanzó una maldición en voz baja. Había hecho una llamada infructuosa y tendría que salir a la calle nuevamente, para ver de localizar a un tipo que podía darle alguna pista sobre lo que buscaba con tanto ahínco. Pero antes debería cambiarse de ropa y también de aspecto. Lamentó no ser un poco más alto; tendría que disfrazarse muy bien para no ser reconocido.
Al cabo de unos segundos, fue al dormitorio y abrió el armario ropero. Entonces vio algo que no estaba allí por la mañana.
Las rodillas chocaron de pronto. Sus ojos amenazaron con salirse de las órbitas.
—Dios, no es posible...
El arca estaba allí, resplandeciente como una joya procedente de otro mundo. Durante unos segundos, Foran estuvo contemplándola fascinado, como si no acabase de creer en lo que tenia ante su vista.
Se preguntó cómo había podido llegar a su casa, pero no encontraba explicaciones para un suceso que le parecía lindante con un milagro. Alargó su mano, pero no se atrevió a tocarla.
De pronto, reaccionó.
—El arca está aquí y eso es lo que interesa —masculló—. Normand me pagará cincuenta mil y luego, si quiere abrirla o si prefiere tirarla al rio, es cuenta suya...
Iría a comunicarle la noticia al millonario caprichoso, se dijo. Cuando iba a dar la vuelta, sintió el contacto de algo flexible y sedoso que se enroscaba en su cuello.
El lazo se apretó brutalmente, con tanta rapidez que Foran no tuvo tiempo de gritar. Comprendió que iba a morir y pataleó frenéticamente, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.
Antes de perder el conocimiento, pudo verse a través del espejo que había en la contrapuerta del armario. Detrás de él había un hombre alto, muy moreno, cuyas manos enguantadas sujetaban con fuerza el lazo que le estrangulaba.
Fue lo último que vio. Algo estalló violentísimamente dentro de su cabeza y sintió que se hundía en un pozo sin fondo.
Minutos después, el asesino fue al escritorio. Contempló la fotografía de los expedicionarios y luego, con un rotulador rojo, trazó un circulo

en torno a la cabeza de Dickie Foran.

* * *

La mujer era alta, rubia, de formas generosas y mirada recelosa. La bata, entreabierta, permitía ver la ropa interior, de seda y encajes negros, pero a ella no parecía importarle demasiado.
—Busco a Brady Pelford —dijo Fix.
—No está en casa —respondió ella.
—¿Seguro?
—¿Le han roto alguna vez cinco dientes de un puñetazo?
—¿Por qué cinco? —sonrió Fix.
—Es mi especialidad. ¿Quiere probarlo?
—Muchas gracias, señora. Otro día, tal vez.
Fix echó mano a su billetera y sacó una tarjeta de visita.
—Désela a Brady cuando vuelva —rogó.
Ella tomó la tarjeta.
—Me lo pensaré —dijo.
—Ahora mismo me voy a Jefatura —manifestó Fix—. Tengo allí buenos amigos. Seguramente, me dirán si está usted o no fichada.
La rubia se sobresaltó.
—Le daré la tarjeta a Brady —prometió.
—Eso ya está mejor —sonrió Fix—. Gracias por su amabilidad.
Giró sobre sus talones y se encaminó al ascensor. Flavia aguardaba en el coche.
—Una entrevista muy rápida —comentó.
—Pelford no estaba en casa. Le he dejado mi tarjeta. Vendrá a verme.
—¿Ha entrado en el apartamento?
—No. Preferí llamar. Estuve hablando con su amiga.
—Ah, tiene una amiga...
—Parece que Pelford es enemigo de la soledad —contestó él de buen humor.
—Comprendo. ¿Qué piensa hacer ahora?
—La llevaré a casa y usted reanudará el trabajo que le encomendé. Luego iré a visitar a Hockbull.
—¡Mi ex-jefe! —se sobresaltó ella.
—Eso es. ¿Sabía que también formó parte de la expedición?
—Estuvo tres meses ausente, aunque no dijo nunca dónde había ido. Sólo mencionó algo sobre un tratamiento médico, pero no dio más detalles.
—Cuando vuelva a casa, mire la fotografía otra vez y lo verá que

está en el grupo.
—No me he fijado, lo siento.
—Allí llevaba barba y bigote. Es el único que llevaba esos aditamentos capilares.
—Hockbull me pareció siempre un sujeto poco fiable. Y no lo digo por lo que intentó hacer conmigo, sino por los negocios a los que se dedicaba. Estoy segura de que más de una vez han traspasado los límites legales. Pero claro, yo no tenía intervención alguna en los libros de contabilidad.
—No me extrañaría en absoluto, Flavia. Hockbull es la dase de tipo capaz de cualquier cosa por obtener un dólar de provecho, aunque, eso sí, se debe apreciar imparcialmente su gran habilidad para escurrirse sin daño entre las mallas de la ley.
—Oiga, parece que usted conoce muy bien a todos los expedicionarias —se asombró la muchacha.
—Personalmente, conocía a algunos, como Foran, por ejemplo. En cuanto a los demás, recibí informes de una buena agencia de detectives. Como comprenderá, no iba a ponerme en campaña sin una buena información sobre el enemigo.
—Ah, ¿considera a los otros como el enemigo...?
—¿No me han robado el arca?
—¿Todos a la vez?
—Uno solo, pero todos la buscan y codos quieren quedar se con ella —respondió Fix—, Y, guste o no, me pertenece. —Deseo que la encuentre, aunque temo la maldición... —Sólo debe temer a la maldición el que obra con propósitos torcidos —dijo él solemnemente.

CAPITULO VIII

Rossiter Hockbull miró con ojos hostiles a su visitante. Era un hombre alto, robusto, con cierta tendencia a la obesidad. Su cintura era más gruesa de lo normal en un hombre de su edad, pese a que no había cumplido aún los cuarenta años. Fix vio a un sujeto duro, despiadado y capaz de cualquier cosa por dinero, pero también apreció su inteligencia que, se dijo, no era elemento despreciable en las características generales del hombre.

—Así que usted es el sobrino de Ainslower —dijo Hockbull, después de que Fix se hubiese presentado.

—Era —puntualizó el joven.

—Siento la muerte del profesor. Llegamos a congeniar bastante durante la expedición.

Fix hizo un amplio ademán con el brazo derecho.

—Señor Hockbull, usted es un hombre de negocios que yo estimo se desarrollan más bien entre las cuatro paredes de un despacho —dijo—. ¿Gimo se le ocurrió formar parte de la expedición organizada por el profesor?

Hockbull sonrió.

—¿Quiere saber la verdad?

—Por favor...

—Ainslower nos prometió una sustanciosa participación en los beneficios que se obtuvieran al regreso de Satzen-Tzá. Mi parte iba a ser de doscientos mil dólares, el diez por ciento de los dos millones que calculaba recibiría por la venta del arca y de su contenido.

—¿Habla en serio? —se extrañó Fix.

Hockbull abrió un cajón de su mesa y sacó un documento, que puso en manos del joven.

—Ainslower y yo firmamos un contrato. Nunca me he fiado de la palabra de nadie. Siempre que hago un trato, quiero firmas, ¿me entiende?

Fix rechazó el papel.

—Me basta con su palabra —manifestó—. ¿Sabe dónde está ahora el arca?

—No.

—Pero habrá hecho algunas pesquisas para encontrarla...

Hockbull soltó una risita.

—¿Cree que voy a decírselo?

—Ya me figuraba algo por el estilo —respondió el joven—, En cambio, yo le diré otra cosa.

—¿Sí?

—El arca me pertenece.

—¡No me diga! —se burló Hockbull.

—¿Con cuánto dinero contribuyó usted a la expedición?
Hockbull parpadeó.
—Oh, unos dos mil dólares...
—El importe de los pasajes y de los gastos de estancia, pero nada más. Dos mil dólares son muy poco dinero para un viaje de tres meses de duración, señor Hockbull.
—Tengo un contrato firmado...
—Si encuentro el arca, lleve ese papel a un tribunal —dijo el joven fríamente—, Y si la encuentra usted, yo le obligaré a que me la entregue.
—¿Cómo? ¿Poniéndome una pistola en el pecho?
—Con una orden de un juez, que usted no podrá desobedecer en modo alguno.
Fix se puso en pie.
—A propósito, ¿tiene algo que ver con las muertes de sus compañeros de expedición? —inquirió bruscamente.
—¡No, por Dios! —gritó Hockbull.
—Entonces, ¿quién es el asesino?
Hockbull se mordió los labios.
—Maldita sea, sólo puede ser una persona —rezongó.
—Dígame su nombre, por favor —rogó el joven, cortésmente.
—Yahuac, demonios. ¿Quién otro podría ser? Ese hombre se ha arrogado el derecho de vida o muerte...
—¿Le teme usted?
Hockbull volvió a abrir el cajón de su mesa y sacó una Colt automática calibre 45.
—Que venga si se atreve —exclamó melodramáticamente.
—Si viene, no le avisará —dijo Fix.
—De todos modos, peor para él. Ah, una cosa: por mucho que lo niegue usted, el contrato con su tío sigue vigente. Encuentre el arca y niégueme el diez por ciento de su valor; verá lo que le dice un juez.
Hockbull sonrió y agregó:
—El profesor admitió por escrito que el contrato seguiría vigente, aun en caso de fallecimiento antes de la venia del arca y que sus posibles herederos tendrían que hacer frente a las obligaciones inherentes al contrato.
—Es usted muy listo, señor Hockbull —dijo el joven, admirado.
—Estoy acostumbrado a redactar contratos de toda clase. Conozco muy bien los trucos de ¡os que suele llamarse «letra pequeña» de los contratos. A fin de cuentas, soy abogado.
—Si encuentro el arca, tendrá usted su diez por ciento —prometió Fix solemnemente—. ¿No es eso lo que pactó con el profesor?
—Exacto: el diez por ciento. Así consta...
—En la «letra pequeña», no me lo diga otra vez. Adiós, señor

Hockbull.
—He tenido mucho gusto, señor Fix.

* * *

Cuando llegó a su casa, se encontró con la sorpresa de ver al inspector Sidney aguardándole en compañía de la muchacha.
—No hable, inspector —dijo el joven—. Alguien más ha muerto.
—Dos —respondió Sidney sombríamente—. Uno de ellos llevaba muerto dos días, Canlon.
Fix se estremeció.
—Foran lo sabia —murmuró.
—Foran ya no puede decir quién mató a Canlon —manifestó el policía.
—¿Es el otro muerto?
—Si. Estrangulado. Con un cordón de seda.
—¿Y Canlon?
Sidney se rascó la mejilla con el pulgar.
—Eso es lo curioso —dijo—. El forense ha encontrado incrustado en su corazón un arponcillo que no tiene más de cinco centímetros de largo, muy agudo y, asómbrese, de madera sumamente dura. Pero ese arponcillo estaba impregnado de veneno, de modo que Canlon habría muerto en pocos minutos, aunque no hubiese sido alcanzarlo en el corazón.
Fix guardó silencio unos momentos, mientras se servía una copa. Tomó un par de sorbos y luego se volvió hacia el policía.
—Inspector, voy a decirle una cosa. Todas las muertes de cuantas personas se relacionaron con la expedición del profesor, incluyéndole a él, tienen una cosa en común.
—¿Cuál? —preguntó Sidney.
—Ninguno ha muerto de la misma forma.
—Se equivoca, Oliver. El profesor y la doctora murieron decapitados.
—Si, pero a ella no la golpearon, primero para cortarle la cabeza en la bañera, lo cual, en cierto modo, varía el procedimiento.
—Sin duda, el asesino trata de confundimos.
—¿Un solo asesino?
Sidney pegó un bote en su asiento.
—¿Sospecha que pueda haber más de uno?
—¿Por qué no? Los asesinatos se están sucediendo a un ritmo muy rápido y, una cosa: el o los asesinos conocen muy bien las costumbres de las víctimas.
—Lo siento. —Sidney meneó la cabeza—. Yo pienso que es uno

solo el que anda por ahí como un ángel exterminador. Y es más: el asesino es Yahuac, el guía.
—¿Por qué sospecha de 61?
—Le vieron salir de la casa de Foran, poco después del momento en que se supone se cometió el asesinato.
—¿Era Yahuac, inspector?
—La señorita Victor me ha enseñado la fotografía del grupo en que figura el guía. He enviado a un agente con ella para que se la enseñe al testigo que lo vio salir de la casa de Foran. Pero, según la descripción, tiene que ser él —contestó Sidney.
—Me pareció que debía hacerlo —intervino Flavia.
—No se preocupe, ha obrado correctamente —dijo Fix.
El teléfono sonó en aquel momento. Flavia lo levantó y, tras escuchar unos instantes, lo tendió al policía.
Sidney apenas si habló, limitándose a recibir el informe de su agente. Colgó el teléfono y se volvió hacia la pareja.
—Confirmado: el testigo ha reconocido a Yahuac —dijo—. Pero aún hay más. Olvidé decirlo antes... Yahuac salió de la casa de Foran, portador de un gran bulto de forma casi cuadrada, envuelto en un paño de color verdoso.
Fix se quedó con la boca abierta. Flavia lanzó una exclamación:
—¡El arca!
—Pero, ¿cómo no la vimos nosotros? —se lamentó el joven—, Registré el apartamento de Foran...
—¿Sin su permiso? —dijo Sidney.
—Inspector, no quiero declarar contra mi —sonrió el joven.
—Lo pasaré por alto, pero no se extralimite —advirtió Sidney con severidad—. Esta vez no trabaja para el Departamento de Estado, Oliver.
—Trabajo para mí —contestó Fix.
Sidney se puso en pie.
—Esa maldita arca me está quitando el sueño —dijo en tono quejumbroso.
—No es usted el único insomne —repuso Fix.
El policía se marchó. Fix se encaró con la muchacha.
—Flavia, creo recordar que hay por casa algunas fotografías del arca —dijo.
—Sí, señor.
—Haga el favor de buscármelas. Quiero examinarlas detenidamente.
—¿Cree que encontraré algo interesante?
Fix sonrió.
—Ya que no tengo el arca a mano, me conformaré con las fotografías para estudiar a fondo la disposición de los veintiún cerrojos —contestó.

Flavia abrió un cajón y sacó un sobre de grandes dimensiones.
—Aquí están —indicó.
Fix cogió una lupa, sacó la primera fotografía y se sentó tras la mesa.
—El arca tiene un secreto que inutiliza la maldición —murmuró—. Pero, ¿cuál es el secreto?

* * *

—¿Cuál es el secreto? —preguntó la rubia, llamada Ruby Gadner.
Estaba situada frente al arca, que relucía esplendorosamente sobre la mesa. Brady Pelford salió, limpiándose la cara con una toalla.
—¡No la toques! —dijo ásperamente.
—¿Es cierto que este maldito chisme puede matar al que lo toca? —preguntó Ruby.
—La verdad, yo no creo mucho en leyendas, pero, por si acaso, procuraré no tocar un cerrojo siquiera.
—Brady, no es por meterme en lo que no me importa, pero, ¿cuánto te van a pagar por esta caja dorada?
—Cien de los grandes —respondió Pelford—, He conseguido doblar el precio que iba a cobrar el imbécil de Dickie Foran.
—Cien mil —dijo ella pensativamente—. No está mal, aunque estaría mucho mejor si te quedases con lo que hay adentro.
Pelford suspendió su labor de limpieza.
—¿Qué quieres decir? —preguntó.
—Normand te va a pagar por el arca, ¿no?
—Es cierto. Y viene en persona a recogerla... Estará aquí dentro de una hora. Por tanto, deja el arca en paz.
—Espera, hombre, no me has permitido terminar de hablar —dijo Ruby—. El peligro está en tocar los cerrojos para descorrerlos, si no se conoce el orden exacto en que se debe realizar la operación, ¿no es cierto?
—Así es. Por lo menos, eso es lo que dice la leyenda y comprenderás que, teniendo yo en perspectiva cien mil dólares, no voy a correr el riesgo de irme al infierno, donde no se disfruta precisamente del dinero.
Pellizcó suavemente una de las rotundas caderas de la rubia y añadió:
—Ni de tus encantos tampoco, hermosa.
Ruby soltó una risita.
—Gracias, amor. Lo que quería decirte es por qué no miras de desclavar el fondo del arca.
Pelford se puso rígido.
—El fondo del arca —repitió.

—Los trucos fatales estén en el frente. Todo el mundo piensa en que es preciso descorrer los cerrojos para abrir la tapa. Pero a nadie se le ha ocurrido examinar el fondo...

Pelford tiró la toalla a un lado y se acercó a la mesa. Agarró el arca por los costados, apretó un poco y, en vista de que no sucedía nada, la empujó para darle la vuelta.

El arca quedó volcada, apoyada en la cara posterior. Pelford examinó el fondo, que aparecía completamente liso, a excepción de cuatro salientes en los vértices del rectángulo, que formaban a modo de patas muy cortas, de un par de centímetros de longitud como máximo.

En la posición en que se hallaba, no podía examinar con comodidad el fondo del arca, por lo que se puso en cuclillas, con lo que su rostro quedaba ahora al nivel de la mesa.

Ruby le contemplaba con expectante atención, casi sin res- pinar, temerosa de hacer el menor gesto que pudiera significar una imprudencia. De pronto. Pelford hizo un ligero movimiento de cabeza.

—Creo que ya lo tengo —dijo—. Estas pequeñas patas, me parece, se pueden remover. Veo una pequeñísima ranura entre cada pata y la base del arca, de modo que, con un destornillador... o quizá mejor una lima de metal para las uñas. ¿Tienes una por ahí, Ruby?

—Sí, ahora mismo te la traigo.

La rubia se alejó con vivo taconeo hacia el dormitorio y volvió a los pocos instantes. Pelford cogió la lima y, sin variar de posición, la insertó en la pata posterior derecha.

Primero metió la punta y luego hizo una ligera presión. Súbitamente, se oyó un extraño sonido.

Fue como el resoplido de una bestia extraña, oscuro y chirriante al mismo tiempo. Ruby, que contemplaba la operación con la mirada fija, creyó que iba a enloquecer.

Pelford permaneció un instante en la misma posición, con la boca enormemente abierta, como si no acabase de creer en lo que le sucedía. Aterrada, Ruby vio que el rostro del asesino parecía un acerico.

Al menos había un par de docenas de finas agujas de una sustancia oscura, clavadas en la cara del hombre. Tres o cuatro habían ido a parar a sus ojos, perforándoles las pupilas. La sangre empezó a correr por el rostro de Pelford en menudos regueros.

Bruscamente, Pelford tomó conciencia de su situación y lanzó un horripilante alarido. Luego se incorporó y empezó a ir de un lado para otro, tropezando con los muebles, mientras Ruby le hacía el contrapunto con unos chillidos espeluznantes.

Llena de pánico, Ruby retrocedió, creyendo que iba a volverse loca con aquel horroroso espectáculo. Inesperadamente, Pelford llegó

junto a una ventana.

Caminaba frenéticamente, con los brazos extendidos, sin ver a causa de las agujas que tenía clavadas en los ojos. Sus rodillas tropezaron con la pared y el cuerpo, por la inercia, se venció hacia adelante.

Era un hombre pesado y su frente golpeó el cristal, que no fue suficiente para detenerle. El horror de Ruby llegó al paroxismo cuando vio a su amigo saltar al vacío.

Habla doce pisos. Ruby reaccionó de pronto, corrió al dormitorio, agarró el bolso y salió disparada del apartamento, huyendo de aquel lugar de pesadilla, sin querer mirar siquiera el arca.

La puerta quedó abierta. Segundos después, alguien entró en el departamento y se llevó el arca.

CAPITULO IX

El alto y estirado mayordomo miró al visitante con el mismo interés que habría sentido al hallarse en presencia de un insecto molesto. Fix no se inmutó por la falta de cordialidad que se advertía en el rostro del sirviente a quien, por otra parte, pasaba unos centímetros de estatura.

La indumentaria del joven, sin embargo, no parecía muy apropiada para la lujosa mansión en la que pretendía entrar. Fix vestía una camisa a cuadros, cazadora clara y pantalones tejanos, con vueltas. Parecía despeinado, pero era que tenía el pelo revuelto naturalmente.

—Me llamo Fix, Oliver Fix —se presentó—. Tenga la bondad de anunciarme al señor Normand.

—Veré si el señor está en casa —respondió el envarado mayordomo—. Tenga la bondad de esperar, señor Fix.

—Gracias.

El vestíbulo era enorme y daba sólo una pálida idea del lujo y de las riquezas que encerraba la mansión. Había un par de armaduras del siglo XVI y Fix, aunque no era realmente un experto, supo que eran auténticas.

Pendientes de las paredes vio varios cuadros de los siglos XIV y XV. No eran de pintores famosos, pero su autenticidad les convertía en valiosas piezas de museo.

Cerca de la escalera que conducía al primer piso, divisó un enorme jarrón japonés de cerámica, con unos dibujos exquisitamente coloreados. Aquella pieza, se dijo, valía una fortuna.

El mayordomo apareció de nuevo.

—El señor Normand le recibirá, señor —dijo—. Tenga la bondad...

Fix echó a andar. El mayordomo mantenía abierta una puerta de madera, con artísticos paneles tallados a mano muchísimos años.

—Señor, el señor Fix —anunció el sirviente con gran pomposidad.

Había un hombre en un rincón del vasto estudio, en pie, frente a un atril de madera policromada, con una lupa en la mano y la mirada fija en un enorme libro situado sobre el atril. El libro parecía muy antiguo, apreció Fix.

—Hable —indicó el dueño de la casa, sin mirarle siquiera—. Puedo atenderle perfectamente, señor Fix. ¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Quería hablar con usted sobre el arca de Satzen-Tzá, señor

—Ah, el arca de la maldición. ¿Y...?

—Usted contrató a alguien para que la robase...

—No, no, se equivoca, amiguito. Yo contraté a un experto para que consiguiese el arca, mediante compra, naturalmente. El señor Foran tuvo mala suerte, eso es todo.

Fix levantó las cejas.
—Señor Normand, ¿espera que me crea esa fábula?
El dueño de la casa se encogió de hombros.
—Jamás obtendrá nadie otra declaración de mí —contestó fríamente, a la vez que se volvía hacia el visitante—. Fue un contrato verbal, establecido entre el señor Foran y yo, y nadie podría demostrar que no le encargué la compra del arca.
—Aun así, habría sido una operación ilegal...
—Eso no me interesa en absoluto. No tengo el arca y ha dejado de interesarme.
Fix contempló unos segundos a su interlocutor, un hombre alto, delgado, de unos cincuenta años, pero con un excelente aspecto físico que le hacía parecer mucho más joven, a lo que contribuía el pelo cortado a estilo romano y un impecable rasurado del rostro anguloso y de pómulos un tanto salientes.

—Tiene usted una casa llena de riquezas —dijo el joven.

—Puedo permitirme esos caprichos —respondió Normand—. Trabajé duro y de firme durante veinte años. A los cuarenta, pude retirarme. Siempre fui aficionado a las obras de arte. He podido satisfacer mis gustos, eso es todo.

—Es usted digno de envidia —sonrió Fix—. El atril, imagino, será auténtico.

—Siglo XII, de una abadía cisterciense de Baviera. El volumen es un libro de salmos de un siglo posterior, pero, naturalmente, muy valioso también, porque entonces aún no se conocía la imprenta.

—¿Tiene usted familiares, señor Normand?

—No, ¿por qué lo dice?

—Oiga, ¿quiere tomarme como hijo adoptivo?

Normand se echó a reír.

—Es usted un joven simpático —elogió—. Pero todavía no me ha dicho qué interés tiene en el arca.

—Me pertenece.

Las cejas de Normand se levantaron.

—¿Cómo puede afirmar...?

—El profesor Ainslower era hermano de mi madre. Yo sufragué los gastos de la expedición. El profesor, como sin duda no ignora, fue abandonado por sus compañeros en la selva. Luego consiguió el arca y, por lo tanto, como heredero de sus bienes, ahora me pertenece.

—Un aspecto insospechadamente nuevo de la cuestión —dijo Normand pensativamente. Hizo un amplio ademán—. De todos modos, si sospecha de mi, le permitiré que registre la casa...

—¡Por Dios! Demasiado sé que el arca no está aquí. Pero me extrañó que hubiese contratado a Foran para conseguirla.

—¿Por qué? Me pareció el hombre adecuado, teniendo en cuenta,

además, que formó parte de la expedición...

—Los antecedentes del señor Foran eran horribles.

—No lo sabía, pero ya no se puede hacer nada, ¿verdad?

A Fix le pareció de pronto que era un ratoncillo y que el gato que era Normand estaba jugando con él con absoluta impunidad. Sintiéndose incómodo, decidió retirarse.

—Lamento infinito haberle robado unos minutos de su precioso tiempo —dijo—. Gracias por haberme recibido, señor Normand.

—Ha sido un placer, señor Fix.

Normand se acercó a una pesada cortina de terciopelo rojo y tiró de un cordón. El mayordomo apareció a los pocos instantes.

—Señor...

—Davis, acompañe al señor Fix —ordenó Normand—. Adiós, amigo mío.

Fix hizo una leve inclinación de cabeza. Salió del estudio y cruzó el vestíbulo, acompañado por el impasible mayordomo. Este abrió la puerta y un hombre, portador de un maletín negro, entró impulsivamente en la casa.

—Perdón —dijo el recién llegado—. No sabía que el señor Normand tuviera visita... ¿Está ocupado, Davis?

—No, doctor —respondió el interpelado.

—Con permiso —dijo el médico. Y se alejó presurosamente, a la vez que mascullaba fuertes interjecciones contra la densidad del tráfico y la estupidez de los fabricantes de semáforos que se averiaban casi a cada momento.

Fix levantó las cejas.

—¿Está enfermo el señor Normand? —preguntó.

—No es nada. Secuelas de una enfermedad tropical, que adquirió hace algún tiempo y que el doctor Sharlake está tratando con éxito.

—Ah... Muchas gracias, Davis.

—Ha sido un placer, señor Fix.

Al joven le pareció que el impasible rostro del mayordomo se suavizaba en una ligera sonrisa pero no hubiera podido asegurarlo. Descendió los escalones que conducían al suelo del enorme parque que había en torno a la mansión, subió a su coche y se alejó en dirección a la salida.

La pesada reja de hierro se deslizó silenciosamente a un lado para permitirle el paso. Fix emprendió el regreso a su casa, profundamente preocupado. Muchas de las respuestas de Normand eran mentiras absolutas, pero no sabía distinguir cuál de sus frases era auténtica y cuál falsa.

En el fondo, se dijo, Normand tenía que cuidar su reputación. Fracasada la adquisición del arca por medios nada lícitos, resultaba lógico que mintiese al respecto.

—Y lo peor es que nadie podrá probarle nada en contra —suspiró, resignándose a considerar la entrevista como algo perfectamente inútil.

* * *

—¿De modo que el viaje ha resultado inútil? —dijo Flavia, cuando el joven le hubo relatado los pormenores de la visita a la lujosa mansión del millonario.

—O poco menos —contestó el desanimadamente—. Normand es un viejo zorro y se las sabe todas. Dijo lo que le convenía y lo que no, se lo calló. Y aun así, la mitad de las cosas que dijo son mentiras, pero nadie puede demostrar lo contrario.

—¿Piensa darse por vencido? —preguntó la muchacha.

Fix estaba descansando en un butacón, con una copa de coñac en la mano.

—No, pero me siento indeciso, sin saber qué hacer.

—Todavía quedan por interrogar algunos de los miembros de la expedición.

—Me parece que ya he hablado con todos, Flavia, menos con Mallis...

—¿También con Robert Gaunt?

Fix arrugó el entrecejo. Flavia se levantó, buscó la fotografía de la expedición y se la puso delante, señalando a uno de los retratados con el índice de la otra mano.

—Este es Gaunt —dijo.

Fix vio a un sujeto alto, delgado, pero robusto, de cabellera crespa entrecana y barba cerrada, en parte gris. Como si intentase defender su vida, pero haciendo ci gesto en broma, Gaunt sostenía con la mano derecha un enorme machete.

—No, no he hablado con él —admitió, pasados unos instantes.

—¿Entonces...?

—Tendré que ir a verle, en efecto. ¿Hay en los apuntes del profesor alguna indicación sobre su domicilio?

—No.

—¿Cómo?

—Eso es lo curioso del caso —dijo Flavia, profundamente pensativa—. En las notas del profesor aparecen datos sobre los miembros de la expedición, con indicaciones de sus especialidades y sus señas y número de teléfono. Pero de Gaunt no dice nada de importancia.

—¿Nada en absoluto?

—Oh... Según el profesor es un hombre valeroso, buen tirador de

rifle, pero nada más.

—Flavia, ¿se le ha ocurrido mirar en la guía telefónica?

—Desde luego, pero el nombre Gaunt no aparece para nada. Mejor dicho, hay varios, pero ninguno de ellos se llama Robert.

Fix tomó un sorbo de coñac.

—Habrá que indagar acerca de ese Gaunt —dijo—. Tendré que empezar a buscar y...

—Yo también estoy buscando a un asesino, aunque me parece que lo he encontrado, pero muerto —sonó de pronto la voz del inspector Sidney.

Fix y la muchacha se volvieron al mismo tiempo. Sidney avanzó hacia ellos con aire de cansancio.

—Flavia, nuestro amigo está muy cansado —sonrió el joven—, Sírvale un reconfortante. Aunque sea policía, también es un ser humano.

—Gracias —dijo Sidney, derrumbándose sobre un sillón—. Tres dedos y sin hielo, agua ni otras porquerías.

—Al momento, inspector —contestó la muchacha.

—Y bien, amigo Sidney, ¿qué muerto le trae por mi casa?

—Peldford.

Fix se sobresaltó. Flavia puso un vaso en las manos del policía. Sidney tomó un par de tragos antes de continuar:

—Cayó desde su apartamento, en un duodécimo piso. Lo más horrible de todo es que tenía en la cara dos docenas de espinas, algunas de las cuales se habían clavado tres y cuatro centímetros. Al menos, cinco o seis estaban envenenadas, con lo que su muerte resultaba inevitable.

—Entonces, supo que iba a morir y prefirió abreviar, tirándose por la ventana...

—No —contradijo Sidney—. Pienso que en esos momentos no estaba para pensar en posibles venenos. Pero en el ojo izquierdo tenia clavadas dos espinas y tres en el derecho.

Flavia lanzó una exclamación de horror. Fix sintió que necesitaba un poco de coñac y volvió a destapar la botella.

—Para mi —añadió el policía—, Pelford enloqueció momentáneamente por el dolor de las heridas y por saberse ciego. Fue de un lado para otro, derribando muebles y llegó a la ventana. Como no veía...

La muchacha sintió un escalofrío.

—¿Quién le disparó esas espinas, inspector?

—Eso es lo más curioso de todo. No lo sabemos. Pero sí hemos averiguado un detalle, Pelford se hacía pasar por Yahuac.

—¿Seguro, inspector? —preguntó Fix.

—Hemos encontrado tintes y cremas en su casa y una toalla

manchada de maquillaje reciente. Todavía hay rastros de ese maquillaje en algunas partes de su rostro.
El teléfono' sonó de pronto. Flavia lo levantó y se lo pasó al policía instantes más tarde.
—Para usted —indicó.
Sidney agarró el auricular. Escuchó unos momentos y luego volvió hacia el joven.
—Han pescado a Ruby Gander, la fulana de Pelford. Dicen que está medio loca de terror y que la tienen en un coche de patrulla, a cinco manzanas de aquí. ¿Le importa que la traigan a su casa, Oliver?
Fix hizo un gesto con la mano.
—Es su casa, inspector —accedió.

CAPITULO X

Dos hombres de uniforme entraron en el despacho, sosteniendo a una mujer joven, rubia, de figura exuberante y pelo evidentemente teñido pero que, en aquellos momentos, parecía la viva estampa del terror. Flavia salió a su encuentro.

—Venga por aquí, señora —dijo persuasivamente—. Ahora mismo le traerán un poco de café y verá qué pronto se siente mejor.

—Me costará mucho... —gimoteó Ruby—. Ha sido algo espantoso...

Rita vino con una bandeja en las manos. Los policías quedaron junto a la puerta. Fix y Sidney aguardaron comprensivos a que la rubia se hubiese repuesto un tanto.

—Está bien, Ruby —dijo Sidney minutos después—. Suéltelo ya. Cuente todo lo que ha pasado...

—Brady vino a casa con una caja de oro... Ya me había hablado del arca y de su maldición, pero él no hacía mucho caso... Lo único que quería era conseguir los cien mil dólares que le iban a pagar por esa maldita caja...

—¿De modo que Pelford llevó el arca a su apartamento? —se sorprendió Fix.

—Si, yo la vi... y es algo maravilloso, pero... ¡tan horrible!

El joven se volvió hacia Sidney.

—¿Inspector?

—El arca no estaba cuando llegaron mis hombres —declaró el policía—. Ni siquiera se hallaba allí cuando subieron los del coche de patrulla que acudió dos minutos más larde de la caida de Pelford.

—Entonces, alguien se la ha llevado, no cabe duda.

—¡Yo no he sido! —gritó Ruby—. Estaba demasiado asustada... Vi que lo de la maldición es cierto...

Fix se acercó a la rubia y procuró tranquilizarla.

—Cálmese, por favor —rogó—. ¿Por qué se cayó Pelford a la calle?

Ruby inspiró profundamente.

—Brady dijo que la maldición sólo se cumplía si se intentaba descorrer alguno de los cerrojos... Más o menos, eso le entendí yo... pero le dije que debía de haber algún truco para abrir el arca sin necesidad de tocar los cerrojos. El caso es que la volcó y se puso delante del fondo. Le di una lima para uñas de metal y empezó a hurgar en una de las patas... Entonces, oí un chirrido espantoso y vi que Brady tenía la cara llena de agujas negras...

Flavia se acercó a la joven y le hizo tomar unos sorbos de café.

—Descanse, no se atosigue —recomendó.

Ruby hipó unas cuantas veces antes de proseguir:

—Nunca se me olvidará... Era un espectáculo horrible... Brady iba de un lado para otro, ciego, con la cara llena de espinas, sangrando... chillaba espantosamente... Llegó a la ventana, tropezó y...

—Ruby, ¿se marchó usted inmediatamente? —preguntó Sidney.

Ella asintió. Sidney hizo un gesto con la mano.

--Luego la interrogaré —dijo—. Llévenla a un hospital y que le apliquen unos sedantes. Digan que la tengan allí hasta mañana por la mañana, ingresada por orden mía.

—Bien, señor —contestó uno de los policías.

Fix meneó la cabeza cuando Ruby y su escolta hubieron salido de la habitación.

—Todo lo que está sucediendo nos lleva a una conclusión —dijo.

Sidney le miró expectantemente, lo mismo que Flavia.

—Supongo que será algo interesante —dijo el primero.

—Me parece que ya sé lo que está pensando —añadió ella.

—A ver, dígalo usted misma, muchacha — sonrió Fix.

—Hay alguien que tiene el arca y que se pasea con ella por la ciudad, dejándola en los lugares donde vivían los miembros de la expedición, a fin de tentarlos, para que prueben a abrirla. A pesar de la leyenda, nadie cree en ella o, por lo menos, piensa que a él no le alcanzará y, vencido por la tentación, prueba a abrir el arca. Entonces. algún mecanismo secreto se dispara y el curioso mucre.

—En gran parte, creo que tiene razón —concordó el joven—. Pero hay otras muertes que no parecen hayan sido producidas por las trampas del arca. Por ejemplo, la muerte del profesor, la de Karen Norfolk y la de Dickie Foran. Dos decapitaciones y un estrangulamiento y que yo sepa, las arcas, por muy hábilmente construidas que estén, no tienen manos para manejar un Cuchillo o una soga.

—Pero otros sí han muerto por esas trampas y, de todos modos, las muertes más violentas tienen algo que ver con el arca —insistió Flavia.

Sidney se puso en pie.

—A mí lo que me parece es que hay un asesino loco que anda por ahí matando a la gente como si fuesen moscas y voy a encontrarlo, aunque para ello tenga que levantar todas las piedras del suelo de la ciudad —dijo enérgicamente.

El policía se marchó. Fix se pellizcó el labio inferior.

—¿En qué está pensando? —preguntó Flavia.

—En dos de los expedicionarios a los que no he visto todavía —respondió él—. Uno es Gaunt, el hombre del machete en la fotografía; el otro es Herb Mallis, antiguo contrabandista. Mallis, lo sé por los informes que tengo, es un hombre con muchas relaciones. Iré a verle en primer lugar; quizá él me indique después dónde puedo encontrar

a Gaunt.

—Me gustaría acompañarle, señor Fix —pidió la muchacha.

—De acuerdo, pero con una condición...

—Dígamela, por favor.

—Llámeme Oliver —sonrió el joven.

Flavia hizo un gesto de aquiescencia.

—Si, Oliver. ¿Vamos ya? —Ahora mismo.

* * *

La mujer que les recibió en el apartamento de Mallis era alta, morena, guapa, aunque de expresión un tanto adusta. No parecía muy comenta con la visita de la pareja y, en los primeros momentos, se mostró bastante reticente.

—Herb no está, es todo lo que les puedo decir —manifestó secamente, una vez hubo expuesto Fix los motivos de su visita.

El joven se dio cuenta en seguida de la actitud de la mujer y procuró tranquilizarla.

—Señora Mallis, le aseguro formalmente que no tengo nada contra su marido...

—Herb no es mi esposo. Aunque nos casaremos muy pronto. Yo me llamo Ruth Carpenter —dijo ella.

—Discúlpeme, señorita Carpenter, no lo sabía... Está bien, como iba diciendo, a nú sólo me interesa recobrar el arca, de la cual, estoy seguro, le habrá hablado el señor Mallis.

—Ya lo creo que me ha hablado —dijo Ruth, con una agria risotada —. Y, créame, está verdaderamente arrepentido de aquel viajecito a la selva tropical. Jamás lamentará lo suficiente haber accedido a la petición del profesor Ainslower.

—El profesor le pidió que formase parte de la expedición...

—Sí. Herb tiene un don especial para tratar con la gente y conoce muy bien el idioma «pañol. El profesor le prometió una suma muy elevada si conseguían encontrar el arca, aparte de un salario diario de quinientos dólares, que cobraría cualquiera que fuese el resultado de la expedición.

Fix se pegó una palmada en la frente.

—¡El buen tío Septimus! —clamó—. Cómo se notaba que el dinero no era suyo...

—¿Qué dice, señor Fix? —preguntó Ruth.

—No. nada de particular —contestó el joven—. Este es un asunto entre mi difunto tío y yo.

—¿Tiene negocios con difuntos? —se asombró la morena.

—Era sólo un comentario, señorita Carpenter. ¿De modo que no quiere decimos dónde está el señor Mallis?

—Lo siento.
Ruth tenía los labios prietos. Fix adivinó que era una mujer enérgica y que no cedería en su postura.
—Una pregunta, por favor —dijo—. ¿Sabe si el señor Mallis percibió el salario que le había prometido el profesor?
—¡Ahí está la salsa del asunto! —contestó Ruth sarcásticamente—. Herb no percibió un solo centavo y, encima, perdió dinero.
—Si mi tío no le pagó, ¿por qué no fue a reclamarle sus salarios?
—Ya lo hizo, ¿qué creía?
—¿Cobró?
—El profesor, y usted perdone, era un sinvergüenza y un canalla. Le dijo que no le pagaría hasta que hubiese abierto el arca, pero que no sabía cuándo sucedería eso. Herb quiso darle unos cuantos golpes, pero el profesor le amenazó con una pistola y tuvo que marcharse. Luego, cuando se enteró de las muertes misteriosas, le entró miedo y se escondió.
—Pero no sin indicarle a usted su paradero.
—No siga, no pienso decírselo —contestó Ruth secamente—. Y ahora, por favor, márchense...
—Un momento, se lo ruego. La última pregunta, señorita Carpenter. ¿Sabe dónde vive Robert Gaunt?
La mujer vaciló un momento. Fix lo notó en el acto. Pero Ruth se recobró casi instantáneamente y meneó la cabeza.
—No, lo siento —dijo.
—Lo sabe, pero no quiere decirlo —exclamó Flavia súbitamente.
—Oiga usted, pedazo de... —gritó Ruth, pero el joven agarró a Flavia por el brazo y tiró de ella hacia la puerta.
—Vamos, dejemos ya de molestar a la señorita Carpenter.
Flavia se dejó llevar. Desde la puerta, sin embargo, miró belicosamente a la otra mujer.
—Si, lo sabe, pero se lo calla —insistió.
Ruth agarró un jarrón, aunque se contuvo a tiempo, desahogándose con una fuerte interjección.
—¡Lárguense de una maldita vez! —gritó.
—Si, claro, ahora mismo —dijo el joven.
Abrió la puerta y salió junto a Flavia. Una vez en el exterior, miró a la muchacha.
—Vamos a esperar unos momentos.—murmuró.
Los ojos de Flavia brillaron.
—Entonces, yo tenía razón —dijo.
—Si. Mallis está aquí, en la casa.
Fix miró a su alrededor. El edificio era de una sola planta, rodeado por un pequeño jardín, pero el piso se hallaba a cosa de metro y medio del suelo, a cuyo nivel se veían un par de ventanas

destinadas a la ventilación del sótano.
—Mallis tiene un miedo espantoso *y me* parece lógico —añadió—. Esperemos y trataremos de sorprenderles.
—Lo que no comprendo es cómo su tío pudo contratar a un sujeto como Mallis —dijo Flavia—. Bueno, la verdad es que la expedición era todo un muestrario de gentes nada recomendables. ¿Cómo pudo el profesor dejarse engañar de semejante manera?
—Quizá fue él quien engañó a todos —sonrió Fix—. Dejemos pasar unos minutos todavía y luego...
Dentro de la casa, Ruth Carpenter, muy nerviosa, se sirvió una copa y la vació de un trago. Al cabo de unos momentos, abandonó la sala y se dirigió a una puerta que había en el vestíbulo.
Muy despacio, abrió y asomó la cabeza.
—Herb, puedes salir; ya se han marchado —dijo a media voz.
El sótano estaba en penumbra. Ruth trató de forzar la visión, habituada a un ambiente con más luz.
—Herb —volvió a llamar.
Pero no obtuvo respuesta. Impaciente, frunció el ceño.
—Ese hombre ha sido capaz de largarse...
Descendió unos cuantos escalones y alcanzó un interruptor.
—¡Vamos, Herb! —exclamó.
Entonces vio algo que le puso los pelos de punta.
Mallis estaba sentado en un viejo butacón, con el pecho y las piernas cubiertos de sangre. Le faltaba la cabeza, pero era porque la tenía en las manos, sobre el regazo...
Unos segundos después, Ruth se puso a chillar a pleno pulmón. Sus gritos salieron por las ventanas bajas.
Fix y la muchacha cambiaron una mirada. El joven abrió y se precipitó en el interior de la casa.
Ruth seguía gritando estruendosamente. Fix corrió hacia la puerta de donde procedía su voz y se lanzó hacia la escalera.
De pronto, se detuvo, como herido por el rayo. Percibió detrás de él los pasos de la muchacha y extendió un brazo.
—¡Flavia, no te asomes'.
Pero era ya tarde. Flavia había visto también el horroroso espectáculo y se mareó, aunque no emitió un solo grito.
Fix reaccionó. Bajó un par de escalones más y llegó a tiempo de recoger en brazos a Ruth, quien, en aquellos momentos, se desplomaba como un fardo.
Con la morena en brazos, dio media vuelta y emprendió la ascensión.
—Flavia, anda, dale un nuevo disgusto al teniente Sidney —dijo.
La muchacha empezaba a reaccionar y asintió.
—Si, ahora mismo...

Fix buscó un dormitorio y depositó a Ruth en la cama. Al cabo de unos momentos, Ruth abrió los ojos y empezó a sollozar.
Flavia vino con un poco de coñac. Fix hizo que Ruth tomase unos sorbos.
—Se lo dije... —gimoteó Ruth—. Vete de la ciudad, escóndete una temporada... pero él quería su parte del botín...
—¿Sabia Herb quién tenía el arca? —preguntó Fix.
—Sí, pero no quiso decírmelo...
El joven se volvió hacia Flavia.
—Ahora está todo bastante claro. Alguien tiene el arca y no quiere compartir ese tesoro con nadie —dijo.
—Y por eso anda asesinando a la gente, haciendo creer que es obra de la maldición.
—Exacto.
Fix se volvió hacia Ruth y palmeó una de sus manos.
—Encontraremos al asesino —prometió.
—Si, pero Herb no volverá a la vida... —sollozó Ruth.
Fix guardó silencio. No encontraba respuesta adecuada para una frase certera.

CAPITULO XI

Una y otra vez, repasaba las notas y fotografías que el profesor había tomado durante la expedición, sin encontrar con el detalle revelador que pusiera fin a aquel sangriento enigma, que tantas víctimas había costado ya.

De cuando en cuando, echaba un vistazo a la fotografía del grupo en el que figuraba Yahuac, el guía. La mayoría estaban muertos, se dijo pesarosamente.

Sólo quedaban tres supervivientes: Hockbull, Gaunt y Yahuac. De éste no había el menor rastro. Gaunt se había escondido en alguna parte y nadie tenía la menor noticia acerca de su paradero.

En cuanto a Hockbull, parecía muy seguro de sí mismo. Había hablado por teléfono con él y Hockbull había respondido que no tenía miedo ni a Dios ni al diablo y que si el asesino se le acercaba, sabría lo que era bueno.

A Fix le parecía que era una fanfarronada. Los otros también se sentían seguros, pero habían muerto.

De pronto, oyó sonidos de tacones femeninos en el vestíbulo. Luego percibió las voces de Flavia y la señora Flores.

—Sí, señorita, el señor está en su despacho —dijo la sirvienta.

—Gracias, Rita.

Flavia abrió la puerta y sonrió.

—¿Molesto?

—No —contestó él—. Entra y siéntate.

—Gracias. ¿Sabes?, vengo de hablar con Hockbull.

Fix arqueó las cejas.

—¿Qué se te ha perdido con ese lascivo tiburón?

—Oh, ahora ya estoy protegida —rió ella.

—Sí, pero, a pesar de todo...

—Oliver, perdona que haya obrado de esta manera, pero me pareció conveniente.

—Si has obtenido algún resultado...

—Verás... Supongo que es algo inherente a la naturaleza humana. No pude aguantarme el deseo de un pequeño desquite, pero, claro, no fui a ver a Hockbull solamente por hacerle rabiar, como puedes comprender.

—¿Y bien?

—Se mostró muy sorprendido de verme. Luego, en plan bondadoso, me ofreció de nuevo el empleo, pero yo lo rechacé. Y después, pasé al ataque.

—¿Cómo, Flavia?

—Aunque no sabía nada, me hice la enterada y le dije que estaba ocultando pruebas de unos crímenes y que podía pasarlo muy mal.

Hockbull se echó a reír y me contestó que él no sabía nada y que corría tanto peligro como el que más. Entonces yo le dije si Gaunt también podía morir.

—¿Y qué dijo él?

—Pareció sentirse muy preocupado. Aunque no lo expresó claramente, dio a entender que Gaunt tenía mucho que ver con todos esos crímenes.

—¿Lo piensa así?

Flavia hizo un movimiento afirmativo.

—Estoy casi segura. Pero también añadió algo que podría servirnos de mucho.

—¿Sí? ¿Es algo interesante?

—Hockbull dijo que Gaunt había contraído una grave enfermedad tropical que le tuvo a las puertas de la muerte. Por fortuna, la doctora Norfolk, además de antropóloga, era también médico y pudo curarle. Cuando decidieron regresar, Gaunt se había repuesto ya considerablemente, pero, a pesar de todo, Karen le dijo que debería seguir el tratamiento curativo durante un año por lo menos.

—Eso puede ser interesante —murmuró Fix—. Sin duda, Gaunt tendrá que haber recurrido a los servicios de algún especialista en medicina tropical.

—Eso es lo que piensa Hockbull, pero no ha podido darme detalles sobre el medico que lo atiende. Sin embargo, me ha indicado un centro médico en donde se tratan esas enfermedades. Hay buenos especialistas y alguno de ellos, posiblemente, esté siguiendo el tratamiento a Gaunt.

Fix consultó su reloj.

—Flavia, ¿dónde tenemos que ir? — exclamó.

Ella sonrió.

—Sabía que me harías esa pregunta —dijo—. La respuesta es Hospital General, Sección de Enfermedades Exóticas.

—No se hable más. Vamos allá ahora mismo —decidió Fix resueltamente.

* * *

El doctor Wallace juntó las yemas de los dedos y meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Ningún hombre llamado Gaunt figura entre mis pacientes.

Pero Fix no se desanimó por aquella respuesta.

—Quizá acuda a curarse bajo nombre supuesto —apuntó.

—Es posible —respondió el galeno—. Pero, ¿cómo saberlo?

Fix sonrió. Sacó la fotografía del grupo y la puso delante del

médico.

—Vea, doctor. Es el hombre que tiene un aspa sobre su cabeza. ¿Lo reconoce ahora?.

Wallace se puso unos lentes y contempló la fotografía unos momentos.

—No, en absoluto. Jamás he visto a este individuo —declaró.

Fix dejó escapar un suspiro.

—Lo siento, doctor. Pensé que tal vez usted... ¿No cabe la posibilidad de que alguno de sus compañeros...?

—No lo creo. Soy el jefe del servicio y todos los casos pasan por mis manos en el primer momento. Luego, mis colegas continúan el tratamiento, si es necesario. Pero dudo mucho de que alguno de ellos haya tratado al señor Gaunt sin mi conocimiento.

—Gracias, doctor. Le ruego perdone las molestias que le hemos causado.

—Al contrario, desearía haberles podido ayudar, pero, repito, ignoro todo acerca del señor Gaunt.

Fix se puso en pie y Flavia le imitó. Cuando salieron del hospital, se sentían terriblemente decepcionados.

Regresaron a casa. Durante el trayecto, Flavia se entretuvo en contemplar la fotografía de los expedicionarios.

—Y a mi que me parece haber visto a Gaunt en alguna parte —dijo de pronto.

—¿Tú crees?

—No sé... Es una cara que me parece conocida, pero, al mismo tiempo, casi creo que es algo imposible, porque jamás he tenido tratos con él. Y, sin embargo, la he visto en alguna parte...

—Quizás logres recordarlo en otro momento, Flavia.

—Haré todo lo que pueda, Oliver.

Cuando llegaron a casa, se encontraron una sorpresa. Sidney les estaba aguardando.

—Tengo noticias —dijo el policía.

—Interesantes, supongo.

—Fue Yahuac el que asesinó a Mallis. Una vecina lo vio salir de la casa a la hora aproximada en que se cometió el crimen.

—¡Condenado Yahuac! —barbotó Fix—. ¿Cómo puede esconderse en esta ciudad un hombre que ha vivido siempre en lo más intrincado de la selva? ¿Es posible que sepa desenvolverse aquí tan bien como seguramente lo hacía en su ambiente nativo?

—Al parecer, así es —contestó Sidney—. Por supuesto, hemos repartido cientos de fotografías suyas por todas partes y todos los hoteles y pensiones han sido advertidos. No tardará mucho en caer en nuestras manos, se lo aseguro.

Con el rabillo del ojo, Fix vio que Flavia, sentada ante la mesa,

estaba entregada a una extraña labor, con un rotulador negro. Pero antes de que pudiera preguntarle qué hacía, sonó el teléfono.

Era el doctor Wallace.

—Señor Fix, disculpe si no se lo dije antes, pero acabo de recordarlo hace unos momentos... Un colega mío, el doctor Sharlake, vino a consultarme hace algunas semanas sobre cierta enfermedad tropical que padecía un cliente suyo, cuyo nombre calló, tanto por discreción profesional, como por su posición social. Naturalmente, yo no puedo preguntarle el nombre de ese cliente, pero usted no está obligado hacia el doctor Sharlake y podría entrevistarse con él. Quizá no sea el hombre que busca, pero no perdería nada viendo a mi colega.

—Gracias, así lo haré, doctor —contestó Fix.

Sus ojos brillaban extraordinariamente. Fue a decir algo, pero Flavia se puso en pie en aquel instante.

—¡Oliver! ¡Ya lo tengo! —exclamó—. Ahora ya sé dónde había visto antes a Robert Gaunt.

Fix se volvió. Flavia sostenía con las dos manos una fotografía del grupo de expedicionarios y otra, de una revista gráfica, en la que aparecía el retrato de un hombre al que ella había pintado bigote y barba.

—Cuando fue a buscar el arca, se dejó crecer el pelo y tomó el nombre de Robert Gaunt —dijo la muchacha

—Y allí, en la selva, es donde contrajo la enfermedad que le está tratando el doctor Sharlake.

—Justamente, Oliver.

—Pero, ¿de quién están hablando? —preguntó Sidney.

—Del autor de todas esas misteriosas muertes, algunas de las cuales han sido achacadas al arca de Satzen-Tzá —contestó Fix.

* * *

Descendió por las escaleras, llegó ante una puerta cerrada y, sacando una llave del chaleco, la insertó en la cerradura. Abrió, encendió las luces y se detuvo frente al hombre que yacía atado sobre una vieja cama.

Los ojos del prisionero brillaban con un fulgor vivísimo. Kevin Normand sonrió malignamente.

—Bien, Yahuac —dijo—. Creíste ser más listo que yo, pero le equivocaste de medio a medio. Conocías el secreto del arca, pero no quisiste decírmelo. Eso ya no me importa en absoluto.

—¿Ha descifrado usted la clave?

—Yo, no; pero sí lo ha hecho una computadora, a la que facilité los datos pertinentes. Ahora sé, «exactamente», el orden en que se

deben descorrer los cerrojos, para evitar que funcionen algunas de las numerosas trampas que todavía quedan efectivas.

—Le felicito —dijo Yahuac sin inmutarse—. ¿Qué piensa hacer conmigo?

—No puedo permitir que sigas con vida. Sin embargo, dejaré que veas cómo abro el arca. Te gustará, supongo.

—No me queda otra opción —contestó Yahuac inexpresivamente —. Adelante, cuando guste.

Normand se acercó a la cama, sacó una navaja y cortó las ligaduras que sujetaban las muñecas del prisionero a los barrotes de la cabecera.

—Puedes sentarte —dijo—. Los nudos son mucho más fuertes en tus tobillos. No te daría tiempo a soltarte antes de que veas cómo abro el arca.

Yahuac se incorporó, frotándose las muñecas. Sin dejar de sonreír, Normand se acercó a una mesa que había en las inmediaciones y retiró un paño de color verde.

El arca quedó al descubierto, resplandeciente como una joya de otro mundo. Yahuac no dijo nada.

Normand sacó un papel de su bolsillo y lo mantuvo delante de los ojos durante unos segundos. Luego descorrió el primer cerrojo.

No ocurrió nada. Una risa burlona brotó de sus labios.

—La computadora no se ha equivocado —dijo.

Lentamente, fue descorriendo los cerrojos, consultando el papel antes de cada movimiento. Finalmente, sólo quedó el último cerrojo.

—El misterio está a punto de ser desvelado —exclamó.

—Tendrá más espectadores de los que se imagina, señor Gaunt —sonó de pronto la voz de Oliver Fix.

CAPITULO XII

Normand se volvió rabiosamente y sacó una pistola.

—Al fin lo han adivinado —exclamó.

—Nos ha costado un poco, ésta es la verdad, y quizá no se nos hubiese ocurrido la posibilidad de que Gaunt y Normand fuesen la misma persona, a no ser por el encuentro casual con el doctor Sharlake —dijo el joven sin inmutarse—. Flavia, ¿quieres soltar a Yahuac?

Normand agitó la pistola.

—¡No lo haga, señorita! —prohibió.

—Deje, no se preocupe —dijo Yahuac—. Estoy muy bien así.

—Normand, usted ha suplantado a Yahuac durante todo este tiempo —acusó Fix—. En cierto modo, se parecen un poco y usted, con la cara teñida, podía pasar por él cuando cometía sus crímenes. Aunque también es preciso recordar que Pelford hizo lo mismo en cierta ocasión...

—Yo no podía —contestó Normand—, Tenía trabajo y contraté a Pelford, porque sospechaba que Foran queda engañarme.

—Y Pelford también quería engañarle, ya que iba a pedirle cien mil dólares por un arca que usted mismo le había prestado, ¿no es cierto?

Los ojos de Normand se achicaron.

—Maldita sea, Fix. ¿Por qué ha tenido que intervenir en este asunto? —barbotó coléricamente.

—Y usted, ¿por qué ha tenido que matar a tanta gente?

—Todos lo sabían. Todos querían su tajada del botín, pero individualmente, cada uno por su lado. Todos, en suma, me conocían y sabían que al fin yo había conseguido el arca. No quería compartir ese tesoro con nadie.

—Es decir, alguno lo reconoció cuando estaban en la selva...

—Si. Fue Hockbull y él es quien divulgó el secreto de mi falsa identidad.

—¿Por qué se hizo pasar por un cazador profesional?

—Tengo bastante experiencia. No me fue difícil.

—También sabe manejar el machete, ¿verdad?

Normand sonrió cínicamente.

—Lo he demostrado, me parece —contestó.

—Y luego, ¿qué? ¿Pretendía acaso culpar a Yahuac. a fin de poder disfrutar de los tesoros del arca sin competidores?

—No era un mal plan, me parece.

—Oh, no, claro que no. Yahuac era la persona adecuada para cargar con las muertes que no se debían al arca. Un extranjero, un

salvaje que había venido a los Estados Unidos para recuperar un tesoro que le había sido robado. Se podía admitir que quisiera recobrar el arca, pero no que lo hiciese matando a la gente como un ángel exterminador. ¿Verdad que era así como pensaba, Normand?
—Bien, a estas horas es inútil tratar de negarlo. Cierto, todos querían el arca, pero sólo uno podía ser el vencedor en esta especie de torneo mortal.
—Está loco —murmuró Flavia.
—Loco, pero en un sólo aspecto: su obsesión por las obras de arte, conseguidas a cualquier precio, incluso pagando en sangre cuando no podía hacerlo con dinero —dijo Fix.
—El profesor no era mucho mejor que yo —contestó Normand despectivamente.
—Lo admito —dijo el joven—, Pero él se limitó a robar algo que no le pertenecía, sin derramamiento de sangre, mediante la astucia y el engaño, si usted quiere. Sin embargo, no hizo daño a nadie... y usted lo asesinó.

—Y todos creyeron que lo había hecho yo —intervino Yahuac.

—Era un plan excelente, aunque le obligó a moverse mucho, llevando el arca como cebo para comprobar si era cierta la leyenda de la maldición.

—Lo era, ¿no? —dijo Normand sin abandonar su tono de cinismo —. Los que intentaron abrirla sin conocer la clave, murieron.

—Sí, pero es que usted, además, pensaba que así agotaría las trampas del arca.

—Bueno, era un excelente remedio para evitarme daños —rió el asesino—. Y es preciso convenir que los artífices que construyeron el aren, supieron poner unas trampas contra las cuales no hay defensa posible.

Fix se volvió hacia Yahuac.

—A Rand lo mató alguna sustancia venenosa —dijo—, ¿Qué era?

—Es una composición sólo conocida de unos cuantos miembros de nuestro pueblo. Está en forma líquida, pero se vaporiza instantáneamente, apenas entra en contacto con el aire y disuelve cualquier materia orgánica —explicó Yahuac.

—Sin embargo, quedó el esqueleto...

—No había bastante cantidad. Con una dosis mayor, Rand habría desaparecido totalmente.

—Oliver, quizá acusen a Yahuac de esa muerte —apuntó Flavia.

—¿Por qué? —exclamó el aludido—. Si usted posee en su casa una caja fuerte, ¿no tiene el derecho de protegerla mediante trampas que impidan sea abierta sin su permiso?

—Un argumento irrefutable —convino Fix—. En resumen, Normand, usted, como los demás, abandonó a mi tío cuando creyó

que no encontraría el arca, pero después, al saber que había tenido éxito, trató de conseguirla para sí mismo... por todos los medios, incluida la eliminación física de los restantes miembros de la expedición.

—¡La quería para mi! —gritó Normand—. Ellos sólo pensaban en venderla y percibir una parte en dinero. Ninguno estimaba el arca como lo que es, una joya única, algo que jamás se ha visto, una muestra de un arle extinguido, que no tiene precio...

—Sin embargo, quiere ver lo que hay en su interior.

—¿Por qué no? También son obras <le arte lo que hay dentro del arca y tengo derecho a contemplarlas.

—No tiene ningún derecho —dijo Fix—, El arca no le pertenece. Ni siquiera a mí, como heredero del profesor.

—Eso lo veremos ahora —sonrió Normand, a la vez que levantaba el arma.

Sonó una detonación. Ante el asombro de todos los presentes. Normand empezó a tambalearse con un sangriento agujero en el centro de su frente.

—¡El arca es mía! —gritó Hockbull.

* * *

Normand yacía en el suelo, boca abajo, completamente inmóvil. Hockbull avanzó paso a paso, empuñando un revólver todavía humeante, que agitó significativamente.

—Apártense —ordenó.

Fix agarró la mano de Flavia y tiró de ella. Hockbull se situó junto a la mesa.

—Voy a llevármela —anunció.

—¿Sin ver lo que hay en su interior? —preguntó Yahuac.

Hockbull sonrió.

—Es verdad —sonrió—. Ya sólo falta un cerrojo y, supongo, no me costará demasiado descorrerlo.

—Un momento —pidió Fix—. ¿Cómo supo que Normand tenía el arca?

—Conocía su falsa identidad. Pero eso no era suficiente.

—Entonces, lo averiguó por otros métodos...

—Normand llevó la clave de los cerrojos para que fuese descifrada por una computadora que me pertenece, aunque él no lo sabía, claro. El operador me informó de una extraña demanda y yo solicité más detalles. Entonces, me limité a esperar, hasta que me dijeron que la clave había sido resuelta.

—En resumen, nos engañó —dijo Flavia.
—Valía la pena, ¿no?
Sin dejar de apuntarles con el revólver, Hockbull asió el vástago del último cerrojo.
—Miraré lo que hay dentro, pero no se muevan, porque los veré por el rabillo del ojo y empezaré a disparar. ¿Lo han oído?
Fix pasó un brazo por los hombros de la muchacha. Volvió la vista un instante. Yahuac permanecía impasible, como si no le importase nada de lo que estaba sucediendo
De pronto, Hockbull movió la mano izquierda en sentido lateral. El cerrojo se descorrió y, en el mismo instante, se oyeron numerosos chasquidos.
Flavia abrió los ojos. Todos los cerrojos, rapidisimamente, volvían a sus posiciones iniciales, en continua sucesión y con intervalos menores de medio segundo.
En pocos instantes, todos los cerrojos quedaron igual que estaban antes. El último retornó también a su posición y, en aquel preciso momento, algo asomó brillando como una delgada lengua de plata y se hundió profundamente en el costado izquierdo de Hockbull.
Las pupilas del sujeto se dilataron espantosamente. Bajó la vista y ya no vio nada, porque aquel trozo de acero había vuelto a esconderse.
Luego sonrió.
—Bah, no ha sido nada. Un pinchazo sin importancia... Ni siquiera veo sangre...
De pronto, furioso, empezó a descorrer los cerrojos de forma desordenada. Pero cada vez que descorría un cerrojo, éste volvía de nuevo a su posición original.
—¿Qué diablos pasa aquí? —aulló.
Enloquecido. Hockbull tiró el revólver a un lado y, agarrando el arca con ambas manos, empezó a sacudirla violentamente.
—¡Abrete, maldita! ¡Abrete, por todos los diablos...!
Bruscamente, un horrible estremecimiento recorrió su cuerpo. Flavia. horrorizada, volvió la cara a un lado.
La piel de Hockbull se tornaba azulada con enorme rapidez. Entonces comprendió que la aguja estaba envenenada.
Un espantoso aullido brotó de sus labios, pero casi en el acto, perdió las fuerzas y se desplomó, pataleando convulsivamente. Sus sacudidas, sin embargo, duraron muy poco; en seguida se quedó inmóvil.
Fix se volvió hacia Yahuac. El rostro del extranjero parecía inconmovible.
—La computadora se equivocó —dijo Yahuac
Sidney apareció en aquel momento.

—Por lo visto, llego tarde —se quejó.
—Así ha sido mejor, inspector —dijo Fix.

* * *

El arca estaba encima de una mesa, en la casa que había pertenecido al profesor. Sidney mascaba nerviosamente un cigarro.
Yahuac aparecía tranquilo, como si todo aquello no le importase en absoluto. Flavia le contempló intrigada.
«Así, pues, era cierta la leyenda de la maldición del arca», pensó.
Los constructores habían ideado toda suerte de trampas diabólicas, para impedir que el arca fuese abierta indebidamente. Flavia sintió un escalofrío, porque Fix había anuncia do que abriría el arca, sin peligro y sin necesidad de conocer ¡a clave. Ahora, el joven estaba situado junto al arca, pero frente a la cara posterior.
—Yahuac, usted asistió a la conferencia de prensa que dio mi tío —dijo.
—Si. Al salir fue cuando Normand me secuestró. Creía que yo conocía la clave, pero estaba equivocado. Ni yo mismo sabría abrir el arca sin conocer esa clave.
—Pero el profesor dijo que había dos formas de abrirla: una, mediante una doncella elegida, que nadie sabe quién es ni dónde está.
—¿Seguro, señor Fix? —sonrió Yahuac, con los ojos fijos en la muchacha.
—¿Ella? —dijo el joven.
—Sí. Presiento que ella podría...
Fix hizo un gesto negativo.
—Prefiero usar el segundo método, el más sencillo y menos arriesgado. Realmente, nada arriesgado.
Tenía en la mano un martillito y un punzón. Con éste, empezó a sacar las espigas de las dos visagras de la tapa, situadas en la parte posterior.
—El profesor dijo que el arca se podía abrir, siempre que no se la mirase de frente —recordó.
Dio varios golpes y las espigas salieron sin demasiada dificultad. Las bisagras quedaron así inservibles. Entonces, con las dos manos, hizo fuerza hacia arriba y la tapa se levantó inofensivamente
Flavia lanzó un grito de asombro. Sidney tenía la boca abierta.
—¡Qué idea! —exclamó.
Fix no contestó. Sus ojos estaban fijos en el enorme huevo de color amarillo fuerte, que brillaba con cegadores destellos, apoyado sobre un lecho de espeso tejido rojizo.
—El ópalo gigante —murmuró.

Yahuac avanzó unos pasos y sacó la joya con ambas manos.
—Tiene algo dentro —dijo—. Ustedes lo van a ver y yo también, pero, después, ya no será contemplado por más personas.
Hizo un seco movimiento de torsión y el ópalo se dividió en dos mitades. Una catarata de cosas que brillaban refulgentemente cayó en el interior del arca.
—¡Dios mío, es increíble! —exclamó Flavia.
Había diamantes, rubíes y esmeraldas, y algunos eran de tamaño realmente asombroso. Fix se sintió anonadado. Aquello valía decenas de millones...
—Pero tiene un dueño: el pueblo de Satzen-Tzá —dijo.
Yahuac asintió.
—Es cierto, y allí volverá. Sin embargo, no quiero regresar sin dejar una muestra de agradecimiento —dijo
Introdujo la mano en el arca, extrajo un rubí del tamaño de un huevo de paloma y lo puso en las manos de Flavia.
—¿Para mí? —preguntó ella, estupefacta.
Yahuac sonrió.
—Mi regalo de boda —dijo.
—Pero yo no me voy a casar...
—Soy clarividente —dijo Yahuac, mirando al joven.
Sidney carraspeó.
—Sí, yo también pienso lo mismo —convino maliciosamente.
Las gemas volvieron a su puesto y el arca quedó cerrada nuevamente. Sidney se marchó, acompañando a Yahuac, como medida de protección
Fix y la muchacha quedaron a solas.
—Para nosotros, el arca no tenía ninguna maldición, sino todo lo contrario —dijo él.
Flavia contempló el rubí al trasluz.
—Oliver, ¿qué hago con esto? —preguntó.
—Yahuac no te ha impuesto ninguna condición. Puedes venderlo, aunque quizá te verías en aprietos porque es una piedra preciosa que no ha pasado por la aduana. Pero yo te aconsejaría mejor que ordenases que te hicieran un medallón... y luego un duplicado, a fin de que el original quedase en la caja fuerte de algún banco y así evitar tentaciones a los amigos de lo ajeno.
—No es mala idea —convino la muchacha—. Y, ¿qué más, Oliver?
Fix le pasó un brazo por la cintura.
Yahuac ha hablado de boda —dijo—. ¿Qué opinas?
—Aún no conozco tu opinión. Fix.
—Es afirmativa.
—Entonces, no quiero mostrarme en desacuerdo contigo —sonrió la muchacha.

Fix levantó los ojos al cielo.

—Tío Septimus, gracias por haber contratado a esta chica como secretaria —dijo con voz agradecida.

F I N

